



BINARIES ARE FOR

COMPUTERS



Trabajo final del Máster Oficial Interuniversitario en
Estudios de mujeres, género y ciudadanía

Título: *Binaries are for computers: una TRANSfusión
auto etnográfica*

Alumna: **Maialen Miranda Urquiza**

Tutora: **Meri Torras Francés**

Septiembre 2019

Es la fricción que me pone cachondx. Rozar con la yema de mis dedos tu validación precaria. Sentir cómo me atas poco a poco el corset y me atragantas los verbos. Camino porque me obligas a andar por la acera cuando lo que yo más deseo, es nadar sobre el asfalto. Caer sobre tu tejado y mimetizarme con la oscuridad de mi noche. Pero... ¿te gusta el pescado o la carne? ¿la noche o el día? ¿eres...más de playa o montaña? ¿pantalones de tiro alto o low waist? ¿eres más de indie-folk o de Madonna? ¿libro de tapa dura o más de bolsillo?

Joder...y esto todos los días

Despertarme con tu deconstrucción en la mesa, mojar mi tostada en tu dislocada taza. Beberme de prisa tus ansias de respuesta para acabar fregando mi destierro. Y toda esta parafernalia decorada de lila, con posters de Annie Sprinkle y Marsha Johnson en el cabecero de tu cama. Con el ocho de marzo marcado en tu calendario y tu ciclo lunar tachado en mi estómago.

Joder...y esto todos los días

Pienso en la estructura, en el chasis de tu coche, en los pilares que soportan mis pesadillas más bizarras y al fin y al cabo... soy carne. Carne magra no apta para veganxs, o si, quien sabe. Carne de cañón, Carne que deviene carne. Carne post-moderna sin elección. Unx sujeto carne, unx sujeta a la carne sin escapatoria. Una cara sin cruz. Esa cruz que me atravesó tan fuerte el día de mi comunión. Para qué reivindicarme ateo. Comunión que hizo de mi un estado de excepción. Un ritual satánico decorado con girnaldas, orquídeas y hostias como panes benditos que me ordenaban/ordenan rigidez,

rectitud y coherencia. Aptitudes arcáicas inamovibles. Situaciones en contextos inmutables. Mutaciones prescritas por lo alta alcurnia, tan falsas como el desayuno de una influencer un domingo cualquiera en Instagram.

Joder...y esto todos los días

Agradecimientos

A mi ama y aita. Por acompañarme en este viaje con tanto amor, cariño y paciencia.

A Sara. Por aguantarme, aguantarnos mutuamente durante tantas semanas de estrés, agonía y ansiedades varias. Al payaso que llevas dentro y que me ha hecho reír tanto.

A Ale. Por llenar de luz y calma mi cabeza cada vez que no encuentro respuestas que me gusten. Por tus ganas de vivir, por las risas y los lloros, gracias.

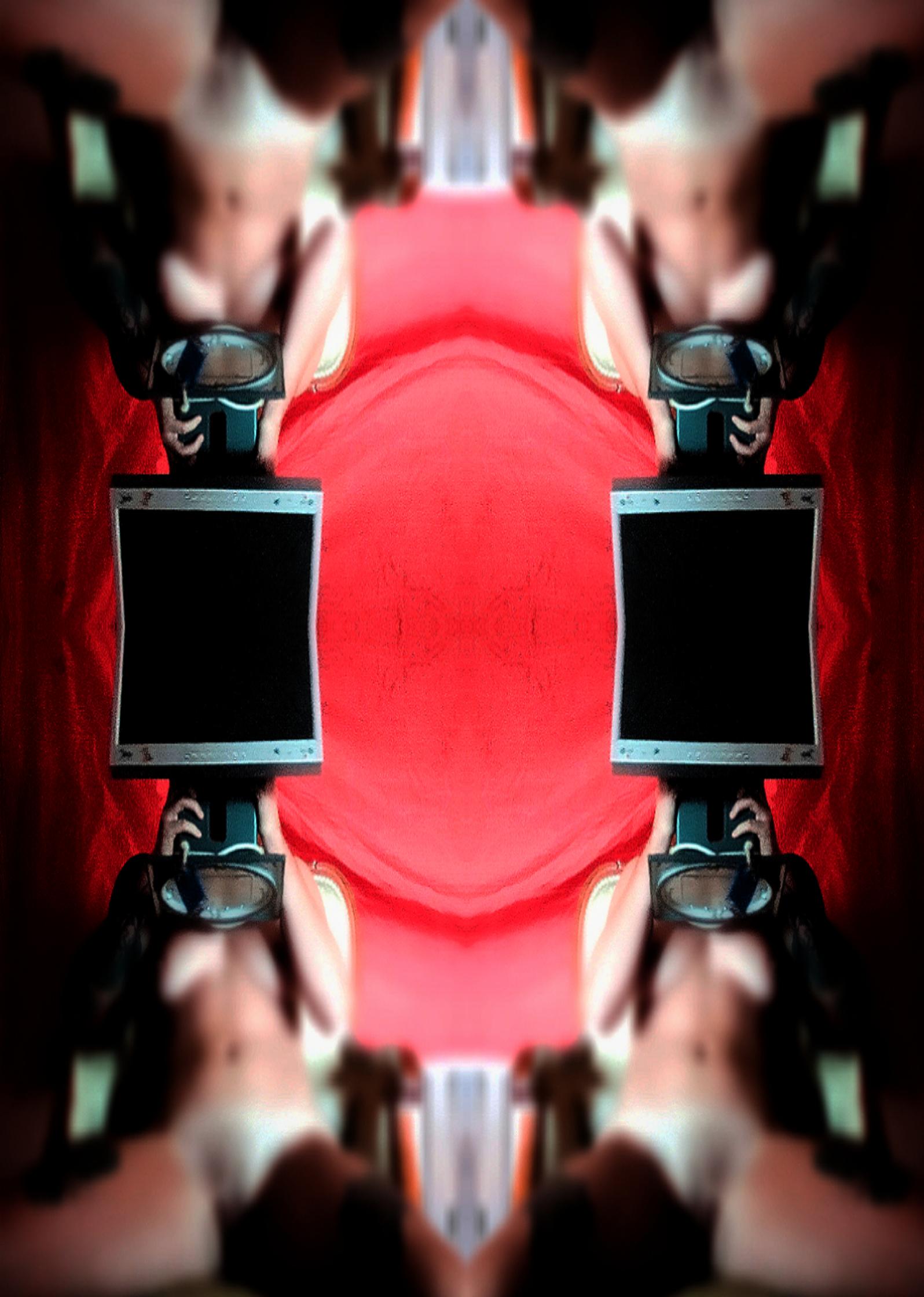
A todo el grupito de freaks. Por las conversaciones monótonas y aburridas. Por el equipazo que hemos creado para hacer frente a la adversidad estudiantil.

A mi bichito favorito, Juju. Por los mimos, las caricias, los silencios y el amor. ¡Porque si la vida es juego, deseo que juguemos juntas hasta derretirnos!

A Meri Torras. Por tu calidez, tu apoyo y tus sabias palabras. Por hacerme sentir en casa y guiarme por estos locos derroteros y rompecabezas.

A mí. Por aguantarme, mimarme y cuidarme en este largo proceso sin titubear.

A la vida. Por mantenerme vivo y recordarme que soy una estrella fugaz. Que estoy aquí por muy poco tiempo y que más vale agradecer, querer, cuidar y perdonar para vivir el presente de la forma más feliz posible.



Cuaderno de bitácora

Manual de instrucciones	- 13 -
(con)texturas sine qua non	- 21 -
Testosterona o barbarie	- 24 -
En d(e)uda con el feminismo	- 33 -
Imprimir, cortar, pegar: soy el artefacto del patriarcado	- 34 -
La CULPA es del género	- 37 -
Interlocutor no-válido: en el límite de la performance	- 39 -
Un cuerpo barroco: resistiéndome a la Modernidad	- 45 -
Trans(h)itos epistemológicos	- 48 -
Mi (trans)subjetividad como frontera	- 51 -
Desplazamientos	- 55 -
Fluidos y otros rizomas salvajes	- 59 -
<i>Entre</i> la posibilidad y el limen	- 61 -
Trans-pictóricxs: un caleidoscopio corporeizado	- 67 -
Muerte a la máscara	- 74 -
¡Cuidado! hay un ciborg en mi casa vacía	- 81 -
El compromiso filosófico	- 89 -
Carta de un tirano al espacio exterior	- 93 -
Bibliografía	- 98 -

Manual de instrucciones

(adentrándome(te) en el caos)

Me siento hastiada de tanta opresión, y es de este hastío desde donde emerge la práctica de resignificar y mezclar conceptos, categorías, identidades, buscando que se rompan o se fusionen. El caos puede generar cosas nuevas o diversas, hace desaparecer lo antiguo y lo transforma en otro algo diferente. El deseo de mi caos se ha hecho cuerpo en su dejarse fluir, dejarse sentir para ser, perder el miedo o la autocensura a experimentar cosas con/en mi cuerpo, desprenderme de las ataduras del deber masculino y femenino. El caos es mi perversión y dentro de esta vorágine desordenada, he decidido explicar mi historia desde la *memoria* como método para trazar nuevas cartografías corporales y textuales que desafíen las políticas de lo aceptable, lo bello, lo armónico y lo correcto.

Antes de nada, me gustaría presentarme al lector para no generar (o si) malestares, dudas o confusiones en torno al porvenir de este trabajo que ha sido esculpido desde la entraña, fruto de una vivencia personal atragantada por una sed ambiciosa de descentrar la mirada del ojo externo. Soy un sujeto que no desea revelar su nombre ante la autoridad académica por el motivo aparente de salvaguardar mi identidad intacta y no levantar sospechas. Esta última frase es probablemente una de las incongruencias más aparentes que me ha llevado a la siguiente reflexión: ¿Qué le exijo a la academia después de tantos años de servicio o, mejor dicho, de sacrificio? Me hago responsable de mi hipocresía enmascarada al proclamarme y gritar a viva voz que ¡Soy la insurrección encarnada que lucha, a diario, contra la tiranía del poder capitalista! La universidad, el acceso a poder recibir una educación superior, la postergación de la llamada desde la agencia de trabajo asalariado,

las fiestas estivales apoteósicas o la paga mensual contributiva han sido claros ejemplos de una amplia gama de privilegios que han posibilitado mi participación dentro de la institución académica. No obstante, mi capacidad reflexiva, como mi cuerpo, ha ido mutando con el tiempo hasta situarse en un estadio de lucha contra los tecnicismos, los formalismos y el hermetismo que caracterizan a la academia como fuente proveedora del saber universal. Mi ejercicio posterior a este hallazgo se ha basado en generar un contra discurso que desdibuje las líneas que separan lo debido de lo querido. Mi trabajo aquí, como bien dice el título de la obra publicada por Florencia Brizuela y Uriel López (2018), es *descentrar la mirada para ampliar la visión* de lo que pretende ser una propuesta subversiva e incendiaria de una historia narrada en torno a la representación de un cuerpo que no encaja dentro de los parámetros establecidos de género.

Como ya venía diciendo, el caos ha configurado gran parte de esta propuesta político-artística que vengo a contar(te) y, es desde la confusión y la incomodidad desde donde nace la idea de materializar, a modo de laboratorio experimental, la cotidianeidad de un cuerpo abyecto que busca, temerariamente, un lugar de reconocimiento social que lo ampare de la desdicha. Hablo en primera persona porque lo personal e íntimo ya ha estado demasiado tiempo en la penumbra y porque la abnegación a compartir un malestar que nace y muere en el propio cuerpo es un despropósito que juega en contra del desarrollo de teorías alternativas en torno a la identidad, el género o la sexualidad humana.

Después de licenciarme en filología inglesa y especializarme en el uso del lenguaje y la lingüística aplicada en el desarrollo de culturas minorizadas, he comprendido que la interacción entre los sujetos siempre esta mediada por un abanico extenso de posibilidades simbólicas, semióticas, discursivas y pre-discursivas. En el transcurso de

mi devenir identitario, el arte ha sido el catalizador que me ha hecho reflexionar en torno a la capacidad de acción del lenguaje, lírico y artístico en mi caso, sobre los procesos de disciplinamiento de los cuerpos. He optado por un lenguaje satírico, irónico e imperfecto porque me auto proclamo fanático de la mezcla, de la coyuntura, de la contaminación inter textual, del plagio, del collage intelectual, del cocinar recetas improvisadas revolviendo teorías contrapuestas, de imprimir para después cortar o destruir, de aunar voces entrecortadas y titubeantes para construir discursos emancipadores, de desdibujar márgenes a base de cincel y martillo, de desafiar la historia para derribar supuestos intrínsecos. Porque se puede escribir un texto con imágenes y pintar un cuadro con palabras. El lenguaje y sus giros son en este trabajo los ingredientes principales de mi receta insumisa. Es mediante este canal desde donde mi cuerpo toma forma y contenido, haciendo uso de la imagen fotográfica, para dejar constancia de mi identidad interrogante, descarada y enfurecida.

Me apresuro a decir que soy consciente del riesgo que todo esto acarrea. De mostrar, en un con-texto como este, una postura arriesgada si hablamos en términos de coherencia, estructura o corrección gramatical. Sin embargo y ante la posibilidad de generar tensiones irrevocables, este es el medio donde me siento capacitado para hablar. Los códigos académicos convencionales han constreñido mi autenticidad y negado mi opinión hasta la saciedad. Por ello, he decidido arriesgar a perderme en un abismo egocéntrico repleto de posibilidades para dar a conocer una opinión propia y *amateur* de lo que viene siendo un cuerpo atiborrado de dudas. Quiero que, tú lectora valiente, te pierdas en este viaje que te propongo de la misma manera que yo me he desorientado al pretender imaginarme habitando la coherencia. Caminar de la mano por párrafos difusos y marcar, tachar, borrar todas aquellas huellas que consideres banales, repetitivas o inconexas. Darte la opción de

discrepar, discernir en cuanto a la capacidad de mi argumentación, pero déjame el espacio, la posibilidad para poder mostrar(te) una vivencia que, si de algo bebe, es de la ilusión de hacer de lo personal un acto político.

Mi texto se ha ido articulando mediante propuestas teóricas tentaculares que han ido agregando sentido a cada apartado. Cabe mencionar que el sostén de mi discurso se fundamenta sobre las bases de la postmodernidad y la teoría en torno a la fragmentación del sujeto femenino; la teoría *queer* de Butler y Preciado; los estudios post humanos a cerca de la influencia de las tecnociencias y otros procesos de disciplinamiento biomédicos que configuran la identidad del sujeto; y los estudios culturales en torno a la representación del cuerpo y su presencia dentro de las disciplinas artísticas contemporáneas. Retomando esta última corriente teórica, ha sido mediante el concepto antropológico de la *liminalidad espacial* desde donde he podido situarme para manifestar mi desacuerdo ante el régimen binario de género. La *liminalidad* abre un campo de posibilidad, tanto real como figurativo, a la hora de localizar mi cuerpo trans en el espacio representativo. La *liminalidad* es el espacio indeterminado, el no lugar que acoge mi identidad inclasificable. La *liminalidad*, por tanto, es el escenario apropiado desde donde hacer la resistencia, un no lugar de manifestación desde donde resignificar y visibilizar la diferencia.

Para mostrar este concepto que me ha servido de motor principal en el análisis de mi cuerpo descolocado, he recopilado una serie de imágenes auto producidas, poco normativas y bizarras para reforzar la visibilidad de otros cuerpos, como el mío, que han decidido renunciar a los cánones binarios del sistema sexo/genérico. Este álbum pictórico ha sido fruto de un ejercicio colectivo y voluntario de personas cercanas a mi entorno que

han puesto su cuerpo, lleno de cicatrices, al amparo del objetivo de mi cámara analógica para incomodar, interpelar y denunciar el *establishment* que ha marcado sus vidas.

Esta pretensión de producir un pseudo catálogo de imágenes acompañadas de poesías personales y vivencias únicas ha construido lo que, poco después de empezar a escribirme, he denominado una obra caleidoscópica. El caleidoscopio, inofensivo en su forma, pero agresivo en su carácter, me sirve aquí para explicar que cada segmento o capítulo que defiendo en este trabajo tiene como fin generar una imagen concreta en el imaginario del lector. Desde imágenes fracturadas y fractales multiplicados hasta instantáneas manipuladas, el caleidoscopio literario me ha servido para ensalzar el significado de cada tema elegido. Más allá de su uso recreativo, el caleidoscopio aplicado a mi narrativa actúa a modo de metáfora que conjuga la indeterminación de una repetición que se ha materializado en mi cuerpo al *performar*, durante años, una identidad de género impuesta. El caleidoscopio reproduce formas, contenidos y colores variopintos que se abstraen de la realidad. Es un instrumento que ejercita el ojo para ver más allá de la forma, aquello que se esconde detrás de lo aparentemente identificable. El caleidoscopio es el objeto que quiero que tú, lector valiente, sostengas a lo largo de este periplo que viene a continuación. No para explicar lo que quiero contar(te), sino para utilizarlo a modo de prismático, de lente que hará de agente para descifrar un nuevo código de representación encarnada (encarnizada).

El manual

Lo que viene, es un pequeño manual inofensivo cuya función es trazar una hoja de ruta para poder aprehender y descifrar las incógnitas que se esconden detrás de mis propuestas más alocadas. Este manual contiene una serie de instrucciones, indicaciones,

contraindicaciones y consejos para que la lectura de este despropósito premeditado sea un ejercicio tanto político como de deleite personal. Este manual nace de la idea robada a Julio Cortázar y su *Manual de instrucciones para subir una escalera* y su intención es dislocar el formalismo que caracteriza la escritura académica.

Comencemos:

1. Mi género, como el tuyo, ni se crea ni se destruye, solo se transforma. Mi género se construye, se deshace, se reproduce de manera diversa a lo largo de la experiencia de la vida y por esto, mi género ha decidido conjugar el femenino y el masculino a su libre albedrío según su estado emocional y anímico. A lo largo de este texto, he manifestado mi postura ambivalente entorno a la representación de mi género y, por consiguiente, encuentro relevante remarcar que el juego entre el masculino y femenino a la hora de nombrarme en el texto es fiel reflejo de una necesidad de no ceñirme a las conjeturas establecidas del sistema binario.
2. He decidido nombrarme como trans*, con asterisco o sin el. La marca de añadirle el asterisco a la etiqueta no es fortuita y varía en función del contexto en el cual me encuentre sumergido. En mi caso, el asterisco es un guiño colectivo que denota la inclusión de todas aquellas identidades que encuentran su refugio o paraguas en el término (transexuales, trangéneros, travestis, personas de género fluido, personas agénero...). El asterisco es una marca de lucha y resistencia colectiva que ejemplifica el sudor, la fuerza de todo un movimiento que ha defendido los derechos del colectivo LGTBI+. Cuando el concepto aparezca sin asterisco, este no pretende ser un gesto excluyente sino una cuestión de aludir directamente a mi experiencia personal como persona trans en desacuerdo con el binarismo.
3. Si usted es una persona que defiende la limpieza y la pureza del lenguaje, le recomiendo que adopte una postura cómoda para leer este texto pues con el

transcurso de los años, he aprendido a utilizar el lenguaje como un juego repleto de palabras que pueden cumplir una multiplicidad de funciones dependiendo del contexto donde se instalan. Los paréntesis (...), *las cursivas* o los -guiones- establecen lazos e imaginarios representativos mediante los cuales pretendo transmitir una idea más clara de mi cometido. Su composición, unión o deformación es presuntuosa y gramaticalmente incorrecta para los académicos más conservadores. No obstante, el uso figurativo de estos tres elementos se mimetiza con la forma, el contorno que ha adquirido mi cuerpo deformado; a veces esconde, otras veces deja entrever. A ratos se (re)tuerce y a ratos se constriñe, se comprime, o se suprime.

4. Hacer del espacio liminal mi lugar de resistencia es, en este trabajo, la línea que separa los pies de página con el cuerpo del texto. El espacio liminal se retroalimenta de su propio texto, con-texto y pre-texto. Mediante la línea divisoria que, normalmente, separa el cuerpo del texto de una anotación descriptiva o aclarativa, intento generar un diálogo simultáneo sin que este contenido pase desapercibido en la lectura de la narración. Los pies de página son, por un lado, una zona de confort donde poder expresar mis pensamientos más introspectivos y por otro, una herramienta contra-discursiva para provocar, hacer reflexionar y estorbar al lector. Siendo consciente de la incoherencia que esto pueda provocar, te sugiero, a ti, valiente lectora, que te permitas la libertad de la posibilidad como un recurso para entrar en diálogo con mis desventuras.
5. Lejos de ser esta una lectura monótona y lineal, cada capítulo está marcado por una tensión subjetiva con respecto al tema expuesto. Defiendo la idea de que un texto debe tener un carácter propio que lo distinga del resto y es por este motivo por el cual he decidido combinar aspectos teóricos con la lírica, la poesía o la

imagen fotográfica. Este trabajo no pretende ser una construcción monolítica de verdades inapelables sino un collage político-artístico de una voz silenciada que ha encontrado en este espacio la ocasión de vomitar una disforia o, mejor dicho, una euforia que va más allá de los límites de la identidad.

6. Finalmente, te invito a ti, valiente lector, a tra(n)spasar el umbral de la vergüenza, a *transformar* las nociones estancadas de la heteronormatividad impuesta. Te invito a ti, valiente lectora, a reflexionar sobre la siguiente cuestión: cuando nos reapropiamos del cuerpo que nos han vaciado y rellenado de presunciones, obligaciones y protocolos médicos, identificando y rechazando las maniobras del poder con las que este sistema quiere alimentarnos para que sigamos siendo cuerpos dóciles, podemos empezar el juego de las medias verdades. Encarnemos el espacio *liminal*, convirtiendo nuestro cuerpo en un lugar propio donde los cuerpos excluidos, como el mío, puedan gritar sin hablar, poniendo en evidencia la verdad sobre las injusticias de esta sociedad patriarcal y capitalista. Mi cuerpo dislocado ya no tiene nombre, pero a la vez, se erige libre del peso y el control de la definición. La mera existencia de esta meta narrativa, mitad f(r)icción mitad realidad, es una revelación contra todas aquellas afirmaciones estructuralmente positivas.

(con)texturas sine qua non

(¿Quién está al mando de este buque a la deriva?)

*El fracaso conserva algo de la maravillosa anarquía
de la infancia y perturba el supuesto claro límite
entre adultos/as y niños/as, entre vencedores/as
y perdedores/as.*

Jack Halberstam, 2011

El fracaso y el capitalismo, por supuesto, van de la mano. Un mercado económico debe tener ganadores y perdedores, jugadores y personas que corren riesgos, estafadores y estafados. Al tomar conciencia de mi existencia, he decidido resistirme a las dulces tentativas que me ofrece el sistema heteropatriarcal. Si, digo *hetero* porque la vida es más fácil cuando tu horma del zapato está envuelta en vaselina y este camina siempre por el mismo sendero. Digo *hetero* porque serlo significa ser inmune al escrutinio. Digo Diego porque si este hubiera sido mi nombre al nacer, me hubiera crecido barba y mis aptitudes se midieran en base a mi *sex-appeal*, probablemente no estaría escribiendo estas líneas. O sí. Nadie lo sabrá.

Cuando digo que me he resistido a los encantos de este sistema opresor, hablo en términos relativos ya que, aunque intente habitar los márgenes y construir mi propio *Apartamento en Urano* (Preciado, 2019), la complejidad de las redes de poder que operan mediante lógicas abusivas, son inmutables a mi presencia. Esta constante rebeldía adolescente me ha colocado en una posición ambigua de la cual no quiero/puedo salir. Mi cuerpo, ahora

dislocado y perdido, reivindica su carácter tirano y lo hace desde la imperfección, lo inhabitable e inevitable en un afán por encontrar ese no-lugar prometido.

Soy **trans**. **Trans*** con asterisco, **trans** sin asterisco. Me autoproclamo **trans**. Lo hago desde mi propia voz porque no deseo que tú lo hagas por mí. Soy **trans** y no por gusto. Soy **trans** por defecto, porque es la única etiqueta que me otorga garantías de vida. Soy **trans** porque me he adaptado al *medio*, un no-lugar determinado plagado de presunciones y profecías. Soy **trans**-(a)parente. Soy **trans** en *transición* permanente. Una locura postmoderna encarnada para muchos y muchas. Soy in-**trans**igente, una amalgama polimórfica a la deriva. No soy un hombre **trans**. Tampoco soy una mujer **trans**. Soy un cuerpo que habita en un estadio **trans**-formativo persistente. Soy una **trans**-(a)gresión para la ecuación sexo/genérica. Un **trans**-eúnte que acarrea consigo problemas, problemas y más problemas. Soy, en definitiva, una **trans**-ferencia sin concepto ni destinatario, una operación defectuosa del propio sistema.

Este trabajo es, principalmente, un ejercicio de honestidad hacia mi propia persona. Una excusa oportuna para sincerarme y compartir una vivencia que nace desde la vulnerabilidad, **transita** de la mano del **trans**feminismo y muere en la carne. La intención fundamental de las páginas que siguen tiene que ver con la necesidad de visibilizar el cuerpo abyecto, ese sujeto/objeto que no se adscribe a las normativas de género impuestas por el binarismo imperialista occidental. Mi **trans**-(a)gresión genérica va dedicada a esa resistencia institucional que tiene como fin, la domesticación del cuerpo sexuado, desviado; mi cuerpo sexuado y desviado. Lanzando aquí un supuesto ya reconocible, defendiendo la idea de que, si el poder se rige mediante una red de normas contingentes, las cuales producen y son, simultáneamente, reproducidas por el sujeto, la alternativa reside

en la idea radical de *colocar*¹ mi cuerpo vulnerable en el campo de batalla para poder re-configurar y re-programar el discurso hegemónico que sueña con borrar me del mapa, *ergo*, hacer de lo personal algo político.

Mi **trans*** identidad no produce, no cotiza dentro del panorama (re)productivo. Mi **trans**-(a)gresión sexual y genérica es una revelación que pretende ejemplificar los procesos de regulación y modificación corporales que el aparato capitalista ha inscrito en mi y otros muchos cuerpos rugosos. Mi cotidianeidad **trans** se ha convertido en una periférica entidad sociopolítica que, contra todo pronóstico, me satisface profundamente. Soy **trans** y *en-transición* permanente y por eso, me nombro a partir de ahora en “estado de excepción²”.

Mi insurrección hacia la corrección de los cuerpos no-identificables como hombres ni como mujeres, ha propiciado el descubrimiento de *el* concepto que hará de motor principal durante este texto; la *liminalidad*. Será de la mano de la *espacialidad liminal*

¹ Utilizo aquí el verbo **colocar** porque, por un lado, deseo situarme y localizarme en un lugar incierto dentro de los parámetros y estereotipos sociales, pero, por otro lado, quiero representar que mediante este verbo me he intoxicado, he añadido sustancias, estupefacientes en un cuerpo para su domesticación, para adaptarme a la norma y lo he conseguido, me he **colocado**.

² Nombrarme en este estado va más allá de lo que el jurista alemán Carl Schmitt pretendía cuando acuñó el término. Dentro de la teoría política, esta es una medida extra-ordinaria que se toma en un gobierno en tiempos de zozobra o conflicto interno. Es una situación extrema, como lo soy yo. Reivindicarme en *estado de excepción* implica, en este trabajo, un ejercicio de trascender el estado de sitio, de lugar, con el fin de proteger mi propia subjetividad. Yo soy mi propio Gobierno y este es un derecho propio, una excepción que pretendo diseñar para dar a conocer mi situación, una situación “especial”.

que caminaré por diversos derroteros para plasmar, de manera artístico-política, la rebeldía de los cuerpos insumisos. Aprovechando la coyuntura contextual en la que me encuentro, es y ha sido Barcelona, una vez más, la encargada de diseñar el *attrezzo* y la escenografía que ha permitido retratar a viva voz, diversas experiencias habitadas/habitables de esos cuerpos abyectos y liminales. Este es un trabajo colectivo, (re)construido desde la lírica, sin pretensiones. Una oda a la representación de subjetividades exentas de la encrucijada binaria de género. Un ejercicio de empoderamiento colectivo, desde la propia agencia y la ética y política de lo común.

Testosterona o barbarie

(o cómo he llegado hasta aquí)

Itrogen® 2% Gel

Testosterona 60g

1g de gel contiene 20mg de testosterona.

Una pulsación del pistón del frasco suministra 0,5g de gel,

que contienen 10mg de testosterona.

Tengo que confesar que los psicofármacos siempre han estado presentes en mi vida de una manera u otra. He visto cómo el paracetamol se abría paso entre las cajoneras del

mueble del baño para coger sitio; he sido cómplice de las resacas del Adiro³, siempre expectante en cada sobremesa de domingo; y el Lornoxicam⁴, ese viejo amigo insaciable que hace del dolor toda una aventura onírico-festiva. Puede parecer presuntuoso decir que, a lo largo de todos estos años previos a mi huida del techo familiar, he conseguido memorizar más de una decena de nombres de fármacos cuyos prospectos, atiborrados de palabras ininteligibles, han generado en mi una especie de rechazo y curiosidad al mismo tiempo. Verme crecer rodeado de minúsculas pastillas policromáticas de distintos tamaños ha supuesto una internalización y normalización de los procesos de auto disciplinamiento del cuerpo humano.

Corría el año 2017 cuando mi llegada a Barcelona propició el acercamiento al Itnogen®, una hormona masculina cuyo principio activo es la testosterona. Para clarificar algunos matices, muestro a continuación una serie de indicaciones, contraindicaciones, posibles usos y advertencias que aparecen en la ficha técnica que puede encontrarse en la web de la CIMA⁵.

³ Medicamento que previene el infarto del miocardio, la angina estable o inestable de pecho. El objetivo de este fármaco es la reducción de la oclusión del injerto después de realizar un baipás coronario previo. Comprimidos de vía oral. https://www.vademecum.es/medicamento-adiro_22393

⁴ Medicamento de uso regular que alivia los síntomas de dolor sintomático del dolor y la inflamación en osteoartritis. Alivio sintomático del dolor e inflamación en la artritis reumatoide. Comprimidos de vía oral. https://www.vademecum.es/medicamento-acabel+rapid_26665

⁵ Agencia española de medicamentos y productos sanitarios (CIMA). El encargado de engañar las mentes, como la mía, en un ademán cutre por alimentar el hambre de la industria farmacológica que ansía con envenenar cualquier persona perdida en su sufrimiento a cambio de unos pocos millones de dólares. <https://cima.aemps.es/cima/publico/home.htm>

“Itnogen® se utiliza en **hombres adultos** para el tratamiento de sustitución de la testosterona y así tratar diversos problemas de salud derivados de una **falta de testosterona** (hipogonadismo masculino). Esto se debe confirmar mediante dos determinaciones separadas de testosterona en sangre y además **presentar síntomas clínicos** como: impotencia, infertilidad, bajo apetito sexual, cansancio, estados de ánimo depresivos, pérdida de hueso causada por bajos niveles hormonales.” “Itnogen® debe usarse **únicamente si su médico ha confirmado**, de acuerdo con sus síntomas y los resultados de las pruebas de laboratorio, que usted **padece** hipogonadismo.” “**Solo los hombres** pueden usar Itnogen®.” “**Las mujeres no deben** usar Itnogen® debido a sus posibles efectos virilizantes (tales como crecimiento de vello facial o corporal, cambios en la voz hacia un tono más grave o cambios en el ciclo menstrual).”

Detengámonos, por un instante, a analizar el carácter discursivo de este pequeño relato, aparentemente inofensivo. Para empezar, el laboratorio encargado de fabricar esta sustancia presupone que el usuario de testosterona es siempre un “hombre adulto” que por *diversas cuestiones de salud* no produce, naturalmente, una cantidad conveniente de andrógenos. Podemos deducir entonces que, si la administración de testosterona sintética está indicada en casos de deficiencia de testosterona, ¿cuándo y bajo qué criterios es posible afirmar que un cuerpo es deficitario? La respuesta a esta cuestión se ve reflejada con la aparición de la figura del “agente médico”, un ente político que regula delimita

(re)produce subjetividades prototípicas de masculinidad y feminidad. Es aquí donde el diagnóstico deviene⁶ identidad.

Cuando pensé en comenzar a hormonarme, algunas amistades cercanas, que habían comenzado su proceso de tránsito, me hablaron de la “obligatoriedad” del diagnóstico médico para la obtención de la testosterona en gel. Con esto comprendí que, la administración de la testosterona en cuerpos asignados como no-hombres al nacer, conlleva la renuncia del *ser mujer*⁷. Antes de que ningún efecto de la testosterona se pronunciase en mi cuerpo, entendí que el diagnóstico exigía el destierro de mi feminidad, el abandono de una etiqueta impuesta que no había estado exenta de cariños y afectos. Me enfrentaba ahora, cara a cara, con el patriarcado médico que ansiaba con moldearme, reconfigurarme y someterme a un proceso identitario cuyos precedentes ya estaban pre-escritos. Dice Paul B. Preciado en su obra *Testo Yonki* (2008) que:

⁶ Quiero hacer un guiño, aquí, a una de las obras que más me ha ayudado a comprender la idea del “volverse” o “hacerse” cuerpo: Itziar Ziga. He querido utilizar la palabra *devenir* porque como ella bien remarca en su texto *Devenir perra* (2010), “afirmamos nuestras identidades torcidas como respuesta a la negación, como resistencia al ocultamiento, por venganza, por placer y por rabia”. Gracias Itziar Ziga por ponerle voz a mi tránsito tumultuoso, dudoso, inacabado y grotesco.

⁷ ¿Qué significa *ser mujer*? Si bien, a lo largo de todos estos años de lecturas incesantes Simone de Beauvoir, Betty Friedan, Adrienne Rich o Monique Wittig han intentado convencerme de lo que es y no es *ser mujer*, deseo plasmar la confusión que me genera el hecho de que haya tantas acotaciones, tantos límites perversos y tantas definiciones estáticas entorno a la idea de *ser mujer*. Lejos de saber lo que soy, lo que implica mi existencia, una cosa tengo claro y es que, *ser mujer* o llegar a serlo es doloroso.

La masculinidad y la feminidad son como la depresión o la esquizofrenia, ficciones médicas definidas únicamente de forma retroactiva con respecto a la molécula con la que se tratan. La categoría de la depresión no existe sin la molécula sintética de serotonina, del mismo modo, la masculinidad clínica no existe sin la testosterona sintética. (*Testo Yonki*, página 51).

Como ya he mencionado previamente, no soy un hombre ni tampoco una mujer. Soy una especie de mutación para el programa, una mosca detrás de la oreja para la norma heterosexual. Me enfrenté entonces al juicio moral de estar renunciando a una feminidad que, lejos de ser escogida, me había colocado en un lugar relativamente “cómodo” e identificable, o al menos eso creía yo.

Recuerdo la ansiedad que me producía pensar en todas aquellas preguntas relacionadas en torno a mi sexo y mi sexualidad que tendría que responder ante *ese* supuesto pseudo⁸ psiquiatra. Pensar en todas las mentiras que tendría que inventarme para autoproclamarme sujeto-paciente con “disforia de género”. Memorizar las citas con el psicólogo. Apuntar las dosis indicadas de testosterona en mi calendario virtual. Redactar mi infancia en papeles de colores para verificar mi trastorno. Parodiar conductas que

⁸ Encajo el prefijo “pseudo” porque esta impregnado de supuestos falsos, medias verdades y engaños maquillados. Encajo el prefijo “pseudo” porque, a parte de ser una palabra compleja en su forma, su definición me ha servido para criticar a los y las profesionales del sector sanitario público de este país. No pretendo universalizar ni caer en generalizaciones, pero quiero mostrar mi resignación ante la incapacidad de ciertos expertos, porque en su gran mayoría son hombres blancos heterosexuales, a la hora de abordar todas aquellas temáticas que guardan relación con la identidad, el género y la sexualidad. Profesionales blancos que marcan, humillan y maltratan la carne “fea”, “confundida” o “deteriorada” porque según su lógica dominante, “*lo más importante es que tu estés bien, Mai*”.

demostrasen mi enemistad hacia el color rosa, la purpurina o los zapatos de tacón. Dejar de ser uno para convertirme en otro. Vaciar mi pubertad para rellenarla de azules oscuros y andares al más puro estilo James Dean. Dejar de ser la oprimida para convertirme en *el* enemigo. Convertir mis virtudes en privilegios. En definitiva, dejar de ser una mujer para volverme hombre.

Dicho esto, me gustaría retomar el momento en el que leí por enésima vez las diez últimas líneas que confirmaron lo que ya venía deduciendo en torno al uso del Itnogen®. Una de las contraindicaciones y advertencias más reveladoras que corroboran el paternalismo sistémico y la supremacía masculina con la que opera el patriarcado es que, el uso de la testosterona en gel queda terminantemente prohibida para las mujeres. Puesto que esta substancia puede acarrear consigo “efectos virilizantes” tales como el crecimiento de vello facial o corporal, el cambio en el timbre de voz o desajustes en el ciclo menstrual, *se recomienda* su no-uso para todos aquellos cuerpos femeninos/feminizados que están sometidos al régimen estético de los cánones de belleza occidentales. Esta es una estrategia voraz y sumamente eficaz que tiene como resultado el (auto)disciplinamiento del cuerpo femenino en tanto que éste debe mantener intactas las cualidades que la hacen *ser mujer* para su aceptación en la sociedad.

El mensaje directo que subyace de esta narrativa es la necesidad de diseñar una serie de parámetros de la nueva masculinidad contemporánea. Mediante el suministro de la testosterona en cuerpos masculinos, se instaura una nueva tecnología biopolítica que tiene como fin la virilización y sexualización del sujeto hombre, asociando así la testosterona a la juventud, la fuerza, el deseo sexual, el vigor o la energía vital, entre otras.

Contrariamente, la prohibición del Itnogen® a mujeres busca controlar la sexualidad y la capacidad de reproducción de estas dentro del marco político-social⁹.

A raíz de este prospecto que acompañó, sigiloso, durante un tiempo mi lámpara de noche entendí que, el lenguaje farmacológico trataba de persuadirme para volverme adicto a la sustancia prometida.

En muchas ocasiones yo, yendo con mi hermano o con otros médicos junto a un enfermo que no quería tomar las medicinas o dejarse operar o cauterizar por el médico, sin que éste le pudiera convencer, yo lo conseguí no con otro arte, sino con la retórica. (Gorgias: 456)

Del mismo modo en que la retórica juega un papel imprescindible en el diálogo platónico *Gorgias*, cuando el autor que da nombre al diálogo le responde a Sócrates que su profesión de sofista, como especialista en el lenguaje, es más importante que otras especialidades como la medicina (García, 2006), comprendí que el Itnogen® y su prospecto desarmado eran, en realidad, una tentativa para reafirmar la obligatoriedad de mi identidad femenina.

⁹ Este es un pequeño extracto de *Testo Yonki* (2008) escrito por P. B. Preciado que ha dinamitado mi cerebro; ha complejizado mi visión; ha desmontado mis políticas internas. Ha sido enemigo y, a su vez, fiel amigo de noches perturbadas que han dado su fruto al amanecer. Una obra maestra que ha esculpido lo que, a mi parecer, es una de las mejores ideas que resumen la vorágine contemporánea de las estructuras del poder capitalista: la farmacopornografía.

Contra todo pronóstico y después de varios meses de búsqueda, logré dar con el modo de conseguir una pequeña cápsula de testosterona. Un paquete del tamaño de un sobre de azúcar yacía ahora entre mis manos sudorosas. Sentí que estaba traicionando a la niña que llevaba dentro, encerrándola en el armario de mi vieja habitación para lograr el estrellato. Había tra(n)spasado los límites de la legalidad y convertido, de golpe, en un ser incívico potencialmente peligroso. Había conseguido *hackear* el propio circuito tecnopolítico y traficado con un fardo de testosterona sin el mínimo afán de esperar un cambio de sexo legal. Refuté la oferta de pasar por un protocolo psiquiátrico y me negué a identificarme como “disfórico de género”. Tomé la decisión sobre mi propio cuerpo antes de que el Estado o la industria farmacológica lo hiciera por mí.

Aquel “malestar que no tiene nombre” que defendía Betty Friedan en su aclamada obra *La Mística de la Feminidad* (1974) se había inscrito, cincuenta años después de su publicación, en mi cuerpo. El malestar de Friedan yacía trans-figurado, deslocalizado en una corporalidad que no sentía mía. Sopesé entonces que mi trans(a)gresión suponía un cambio drástico en el paradigma sexo/générico y que mi resistencia a encorsetarme en un cuerpo de mujer era, en sí mismo, un privilegio político que deseaba expresar.

No obstante, este (pre)texto es la plasmación de un proceso en tránsito inacabado. Con todo esto me reafirmo, poniendo las palabras de P. B. Preciado en mi boca que:

No tomo testosterona para convertirme en un hombre, ni siquiera para transexualizar mi cuerpo, simplemente para traicionar lo que la sociedad ha querido hacer de mí, para escribir, para follar, para sentir una forma post-pornográfica de placer, para añadir una prótesis molecular a mi identidad transgénero *low-tech* hecha de dildos, textos e imágenes en movimiento, para vengar tu muerte. (*Texto Yonki*, p. 20)

He decidido conservar mi identidad jurídica de mujer y tomar testosterona sin entrar en un protocolo de cambio de sexo. Esta posición es, por supuesto, un lujo político y soy cada vez más consciente de ello. De momento puedo permitírmelo porque no tengo que salir a buscar trabajo, porque vivo en una ciudad de más de tres millones de habitantes donde la gran mayoría sobreviven a basa de explotar sus cuerpos a cambio de un salario paupérrimo, porque soy blanca y porque no aspiro a ser funcionario del Estado. Este gesto que propongo carecería de significado si no fuera por la gran multitud de personas trans silenciosas para las que la testosterona, el protocolo, el cambio de identidad jurídica no son una cuestión de privilegios. Entablo, así, una unión por medio de litros invisibles de Itnogen® con todas estas personas porque si ellas todo esto carecería de sentido.

En d(e)uda con el feminismo

(contra(a)dicciones varias)

*Muchxs de nosotrxs tenemos identidades
para las que no tenemos lenguaje.*

Leslie Feinberg, 2004

¿Qué ocurre en mi cabeza? ¿Cómo explicar lo que siente mi cuerpo? ¿En qué tipo de feminista me he (re)convertido, en una feminista adicta al Itnogen® o en un transgénero adicto al feminismo? ¿Esto significa que ya no soy feminista o que, en realidad, nunca he llegado a serlo? ¿No querer convertirme en hombre me hace ser menos trans*? ¿Abandonar la etiqueta mujer significa aliarme con la hormona que justifica la violencia machista? ¿Tomar testosterona me trans-forma, directamente, en un privilegiado sin escrúpulos? Cuando digo que no me siento un hombre ni tampoco una mujer, ¿es este un posicionamiento político ambiguo? ¿Identificarme como una persona trans no-binaria favorece o perjudica el sistema sexo-género? ¿Generar nuevas identidades más allá del binarismo hombre-mujer forma parte del proceso de individualización que promueve el mercado neoliberal? ¿Es entonces mi alianza con el movimiento *queer* una estrategia perversa para la (des)politización del sujeto postmoderno?

Imprimir, cortar, pegar:
soy el artefacto del patriarcado

¿Es el cuerpo orgánico construido por la ciencia igual al cuerpo asumido identitariamente? ¿Cuál es la problemática resultante de una sociedad que pretende homogenizar los cuerpos? ¿Con qué funciones y significados pretende construir actualmente la ciencia ortodoxa los cuerpos artefactos? ¿Cómo imprimen en el cuerpo los individuos sus reacciones ante los procesos de normalización? ¿Cómo subjetivar el cuerpo habitado?

Mai Miranda, 2019

Soy un problema médico. Un problema poco convencional. Un cuerpo con problemas que sin el dejaría de tenerlos. Desafortunadamente, *soy cuerpo luego existo*. Existo porque han puesto una definición sobre mi cuerpo sin mi permiso, lo han etiquetado, sellado y sacado de la cadena de ensamblaje para alimentar un comercio injusto.

Señalo al Estado como máximo exponente de la producción de especialistas médicos “autorizados” que cargan a diario con el peso del conocimiento “legítimo”, otorgándoles la posibilidad de intervenir “con éxito” sobre mi cuerpo. Sus discursos expresan el saber, pero, como ya aclaraba Foucault (1969), no en términos de “verdad”, sino en términos de positividad en cuanto a que, pronunciados regularmente, se presentan como (y construyen una) materialidad. La obsesión compulsiva de los procesos de medicalización del cuerpo ansía localizar los antecedentes genéticos de algunas enfermedades, padecimientos, comportamientos “poco convencionales” para así construir la noción del saber universal. Un saber basado en la medicina científica que refuerza su control definiendo los límites de la normalidad y la anormalidad en beneficio del discurso hegemónico que dictamina

el comportamiento óptimo del cuerpo humano¹⁰. La biomedicina, prosigue Foucault (1986), hace uso del conocimiento y el saber médico para afianzar su poder y extender su dominio. Es mediante este ejercicio de dominación de los cuerpos que se definen los parámetros de lo saludable y lo enfermo; que es lo normal/anormal y en definitiva lo patológico.

Mi cuerpo forma parte del conglomerado capitalista que, bajo la mirada atenta de la biomedicina, se somete a los sistemas de industrialización y burocratización que responden a los mandatos de la explotación y el consumo.

¿Cómo se convierte entonces mi cuerpo en un campo plausible para la intervención de un bisturí envenenado? Para poder pensarme en tanto que sujeto “artefacto”, es decir, como cuerpo atravesado por la tiranía médica, debo remitirme a la época que promulgó irreversibles modificaciones en el *status quo* del propio cuerpo: la modernidad. Es a partir de este preciso momento que las sociedades occidentales experimentan un *devenir* de categorizaciones dualistas que dividen el mundo en cuerpo/mente, masculino/femenino, natural/artificial, vivo/muerto, etc.; “con la intención de producir un conjunto de saberes “certeros”, libres de ambigüedades (aunque, en definitiva, no se haga más que producir otras)” (Dellacasa, 2013).

¹⁰ Todo ello habilitado por la reordenación epistemológica del siglo XVIII y el paso de la medicina clásica, a la medicina moderna. Ahora mi cuerpo trans, como objeto de saber, es una cosa concreta, pero a la vez independiente de su visibilidad, es preciso, por ello, penetrar en el interior de mi corporalidad para conocerme, conocerte. Lanzo un interrogante al aire: ¿de qué manera es posible articular una lucha feminista sin que la intoxicación biotecnológica y farmacológica arrasen y adormezcan nuestros cuerpos (in)sumisos?

Soy un “artificio” construido por el hombre, contrario a toda naturaleza. Un producto fruto de las aclamadas biotecnologías que se encuentran a mi entera disposición, preparadas para “curarme” de mi “enfermedad” y “sanarme” de por vida. La posibilidad de diferenciación, corrección, depuración y/o eliminación de “errores” del cuerpo está dada justamente, por la posibilidad de su propia fragmentación -defiende Foucault (1986)-. Se entiende por consiguiente que, la modernidad hizo uso del aparato biomédico para producir, en términos capitalistas, una mirada de la transexualidad. Para ello, era necesario (re)definir el cuerpo como concepto; *colocar* el “cuerpo normal” en relación con su fisionomía, como a sus prácticas para así, asegurar, al mismo tiempo, la (in)existencia del “cuerpo anormal/fragmentado” determinado por su “carácter” reemplazable e intercambiable. La metáfora de mi “cuerpo-máquina”, es la que posibilita (re)pensar al cuerpo como una propiedad fraccionada. “El sistema metafórico creo ‘las lentes’ a través de las cuáles las personas experimentaron y vieron las diferencias entre clases, raza y sexos, entre el hombre civilizado y el salvaje, entre ricos y pobres, entre niños y adultos” (Stephan, 1986: 221).

Toda aquella narrativa que la biociencia ha inscrito en mi ha sido construida desde la imagen de un cuerpo fragmentado que existe gracias a una tecnología de rayos x, ultrasonidos y ecografías. Estas han generado una diversidad de *verdades corporales* que cobran forma en la interacción con el artefacto médico-tecnológico para volverse visibles, medibles y controlables. “Pensar que el cuerpo era una máquina, en lugar de pensar que era visto metafóricamente como una máquina, es producto de una “naturalización” de las analogías en el lenguaje científico, al tiempo que “su naturaleza metafórica se diluye” (Stephan, 1986: 224).

La intermediación tecnológica en los modos de conocer, definir e intervenir en los procesos vitales como, por ejemplo, las ‘determinaciones científicas’ del comienzo y el final de la vida, fragmenta caleidoscópicamente los sentidos asignados a sucesos colectivamente traducidos como indivisibles, sustanciales y de gran trayectoria simbólica; a saber: la vida, la muerte y la identidad entre cuerpo y persona (Roca, 2010).

En este sentido, la ruptura en la lectura del cuerpo iniciada en el siglo XVII inauguró el desarrollo de un arsenal terapéutico destinado a “reemplazar” aquellas partes que no funcionan o que se han vuelto obsoletas: prótesis, órtesis, simulaciones maquinales de procesos fisiológicos, producciones artificiales de procesos orgánicos en los laboratorios, etc. La ciencia mantiene una relación ambivalente con mi cuerpo trans; por un lado, éste es un antimodelo, poco fidedigno y confiable a la hora de representar la realidad, al mismo tiempo, intenta con todos sus desarrollos y por sus propios medios, duplicarlo e imitarlo sin cesar (Le Breton, 2002 *en* Dellacasa, 2013).

La CULPA es del género

El género es algo que está condenado a morir. Una visión utópica de un porvenir que no es ajena en la reflexión contemporánea. Si el género forma parte del entramado de entes tan poderosos como la biología o las ciencias occidentales, puede entenderse que no es algo natural del sujeto. El género se ha construido en base a un determinismo biológico que selecciona y cataloga los atributos genitales de cada persona. Antes de que las grandes

hazañas tecnológicas del último siglo tuvieran lugar, el género se determinaba y comenzaba a formarse en el momento del parto. Poco después de comenzar a cohabitar el vientre de mi madre, una ecografía había dictaminado la sentencia de mi género sin previo aviso. Fueron “los otros” los encargados de crear demarcaciones que cosificarían, posteriormente, mi ser. A partir de aquí, se puso en marcha un periplo incesante en el que cualquier persona que no fuese yo, podía otorgarme diversas características de mi género impuesto que favorecían al encarcelamiento de él: profesores, amigas, medios de comunicación, vecinas. Cualquier elemento que haya entrado a formar parte de mi vida ha configurado mi identidad.

Un amasijo de dudas me ha hecho (re)plantearme quien soy. La culpa, digo la duda, siempre ha estado provocada por la mirada del otro: una prenda de ropa, mis gustos musicales o mi forma de caminar. El mundo no es un monasterio donde se deba hacer constricción. Ni siquiera el voto de silencio impuesto me salvaría del juicio de “los otros”. Vivir dentro de mi género supone mantener vigente una ley innata que arrastra a la sociedad a desarrollar la capacidad de valorar y corregir mi comportamiento y forma de ser para que esto vaya acorde con aquello que supuestamente debo ser. Vivo en consonancia frente a un jurado popular que, a su vez, es juez salvador y verdugo. He aceptado mi sentencia, pues me declaro culpable por haber incumplido las leyes morales del sistema sexo/genérico. No quiero dramatizar sobre ello, he decidido distanciarme del género y asumo la responsabilidad de lo que pueda conllevar este desacato.

Interlocutor no-válido:

en el límite de la *performance*

*Si me saco el hombre y me saco el bollera y me saco la pluma y me saco un ojo ¿qué queda de mí? Me fui
construyendo con metáforas de otros y, despojado de todo lo que no me cuadra, me quedo flaco y
tiritando de frío ante una estructura que me repele.*

Y, ¿qué pasa si quiero ser otra cosa distinta?

¿qué pasa si me quiero arrancar esta mierda que me cuelga y fabricarme una vagina?

*¿qué pasa si quiero ser sólo de carne que sangra,
de carne que se muere si la aprietas, si quiero ser algo inútil que no tenga sentido?*

*Estoy harto de papel de celofán que lo recubre todo, de la profilaxis,
de las mentiras, de las cosas pulidas y brillantes.*

Quiero descubrir qué hay debajo de toda esta mierda que tanto nos ahoga.

Quiero recuperar mi voz de entre toda esta basura, quiero cagarme en todo con mi voz de puta, loca.

Finalmente tengo coño, no lo elegí, pero no me disgusta.

*Soy la niña que todo lo quiere, una insatisfecha perpetua,
alguien en quien no se puede confiar.*

Quiero salvarme.

*Que exista un paraíso en el que sólo entren las perturbadas,
las travestis, las transgénicas, las degeneradas.*

Quiero que los infieles ardan por siempre en un infierno.

Pero sin sexo y sin llamas. Quiero venganza, aún no sé de qué.

Quiero salvarme, como toda hija de vecina.

Diana J. Torres, *Pornoterrorismo*

Del dualismo que Descartes instaura entre cuerpo/mente o naturaleza/máquina, he podido dilucidar que quien desea acceder a la verdad universal debe despojarse de cualquier marca corporal (véase “Los ojos del alma”, Spinoza). Respecto a esta corriente filosófica mecanicista, el mundo de los animales *ergo*, entes no pensantes, pertenece a una naturaleza puramente corpórea. Según las palabras impuestas por Descartes, mi cuerpo dislocado es una máquina exenta de pensamiento y, por lo tanto, esto me convierte en un cuerpo objeto con una utilidad puramente instrumental.

Me remonto al año 1907 cuando Frederick Taylor en su obra *Lecture on Management*, defendió que los gestos y los movimientos corporales de los trabajadores de las fábricas constituían una *performance* cuya coreografía estaba impuesta por la línea de ensamblaje, el reloj y la administración científica. Me he detenido, por un instante, en el dualismo cartesiano porque a parte de ser el centro de los debates en torno a la inteligencia artificial, y las tecnologías de la información del siglo XXI, he entendido que, si cabe la posibilidad de diseñar una máquina pensante, entonces estoy condenada a abandonar mi propia corporeidad para trans-figurarme en mente u “ojo del alma”¹¹.

Mi género ya estaba prescrito antes de que naciera. Mi género era femenino. Mis genitales, femeninos. Mi voz, femenina y mis andares, gustos, placeres, presencias, ausencias y actos, también femeninos. Cuando Judith Butler vino a contarnos que esta

¹¹ Esta pequeña construcción gramatical tiene una implicación directa con la cultura y la educación que he recibido a lo largo de mi vida. Sólo quiero recalcar que, “el ojo del alma” es para mí un mecanismo del sistema para volver mi cuerpo ajeno a toda emoción que lo rodea. Me han explicado que la razón siempre pesa más que el corazón y esto me ha alienado aún más de la carne que habito, subordinando mi cuerpo a funciones meramente (re)productivas.

teatralidad del habla, de maneras de ser, de patrones de conducta determinados se traduce en lo que ella denominó *performance* o *performatividad* de género descubrí que, estos mismos mandatos insertados en mi mente configuraban y mantenían viva la segregación por género beneficiando, indudablemente, al régimen sexo/genérico. Puesto que mi género es una construcción, mi género se mantiene erguido gracias a una serie de palabras y acciones que son llevadas a cabo en la interacción con el resto de los sujetos que me rodean. Cómo bien diría Monique Wittig (2006):

El género es un indicador lingüístico de la oposición política entre los sexos. Género es aquí utilizado en singular porque, en efecto, no hay dos géneros, sino uno: el femenino, el “masculino” no es un género. Porque lo masculino no es lo masculino sino lo general. Lo que hay es lo general y lo femenino, o más bien lo general y la marca del femenino (2006: 104).

Ya no solo es que el género construya a los sujetos, sino que puede afirmarse que la única construcción generica existente es la de la feminidad. Apoyándome en las palabras de Wittig, lo masculino es lo universal, es lo que está “bien” para aquellos que puedan beneficiarse de esta diferenciación. El ejercicio de haberme constituido en el marco de esa feminidad impuesta tiene como fin mantener por encima del régimen social al hombre, heterosexual, blanco occidental de clase media y culto. Todo aquello que no pueda clasificarse dentro de estos parámetros es feminizado automáticamente. Porque feminizar mi cuerpo no solo implica la asunción de dichas características que se le atribuyen a la mujer. Todo lo femenino esta estrechamente ligado con la niñez. Por ello, los procesos de feminización de los cuerpos pueden verse como mecanismos de infantilización ya que, tanto la mujer como el niño, no están dotados para el desarrollo de las funciones de lo masculino. El negro, el homosexual, la persona con diversidad física o psíquica, el obrero, el anciano, son categorías o ejemplos de seres biológicamente

hombres a los que se ha feminizado e infantilizado porque no podían o no se les quería dejar estar al mismo nivel que los demás hombres (Moya, 2015). Se desprende de esto que en el género hay una interseccionalidad: el género no es ajeno al mundo, sino que también la raza, la posición social, la religión o las capacidades están vinculadas a él.

Mi género es una discrepancia. Mi género es un desacato a la autoridad del género. Discrepo en lo concerniente a la feminización de mi agencia. Soy un género en desacuerdo. Mi género en discordia. Tu resignación en mi divergencia. Soy un género en la disidencia y deseo mantenerme al margen de la heterosexualidad patriarcal que me asfixia.

Mi trans(a)gresión incomprendida provoca un desequilibrio que, en la mayoría de las ocasiones, desemboca en odio. Hay un sentimiento de abyección respecto al otro diferente. La extrañeza a un físico inexplicable lleva a la acusación de monstruosidad. “Las figuras corporales que no caben en ninguno de los géneros están fuera de lo humano y, en realidad, conforman el campo de lo deshumanizado y lo abyecto contra lo cual se conforma lo humano” (Butler, 2001). El otro, mi yo abyecto, deja de ser humano para convertirse en un ser inclasificable. Mi identidad trans* se ve abocado a un rechazo puesto que mi cuerpo no puede definirse en términos de inteligibilidad. Dejando de lado ciertas teorías biologicistas y humanistas entorno al cuerpo trans*, no he nacido en un cuerpo equivocado. Esto es una gran falacia. Uno nace en el cuerpo “correcto” y la vida le lleva a decidir si necesita o no someterse a tratamientos hormonales o quirúrgicos para modificarse. “La cirugía genital trans* no define la identidad de género” (Nieto, 2008).

Mi cuerpo trans es y no es mío. Mi identidad se construye en sociedad y mi cuerpo, así, es concebido al otro, externo, para que éste sea interpretado. Es esta otredad la que cuestiona la agencia de mi propio ser. El extrañamiento de la mirada del otro propicia la

creación de una máscara que “garantiza” mi supervivencia, pero colisiona, simultáneamente, con quien soy. No es solo mi apariencia física la que genera este confinamiento. Factores como la raza, la diversidad funcional o el tribalismo urbano hacen que el distanciamiento de la mirada del otro aumente exponencialmente. Mi cuerpo trans es la carta de presentación para la sociedad a la que, supuestamente, pertenezco y factores como los nombrados más arriba juegan en mi contra si para el otro suponen un alejamiento de lo reconocido/reconocible como humano.

La repetición de mi género feminizado a creado un prototipo de modelo ritualizado, hecho de convenciones tácitamente pactadas y legitimadas por el orden social tanto como decir dildo e imaginar un dildo. En un ademán por acatar las ordenes, mi género se ha construido en base a una serie de normas internalizadas que se han ido constituyendo en signos culturales –que como tales tienen una doble dimensión: histórico-social–. Quiero decir: hemos sido *entrenados* para ser bio-hombres o bio-mujeres. Padecemos una manipulación calculada de los elementos del cuerpo, de los gestos, de los comportamientos para ser bio-hombres o bio-mujeres. Para sentir como bio-hombre/mujer, erotizarse, para sufrir, para amar, para trabajar como bio-hombre/mujer. “La (hetero)sexualidad, lejos de surgir espontáneamente de cada cuerpo recién nacido, debe re-inscribirse o re-instituirse a través de operaciones constantes de re-citación de los códigos (masculino y femenino) socialmente investidos como naturales” (Preciado, 2002: 23)¹².

¹² El *Manifiesto contra-sexual* (2002) de P. B. Preciado me ha sumergido en un mar de placeres corruptos. Esta lectura me ha permitido comprender cómo el sistema heteropatriarcal destruye cualquier forma de deseo alternativa y la penaliza, sobre todo, en cuerpos asignados bio mujeres. Mi cuerpo siente, mi cuerpo

Y disentir con esas repeticiones *performativas* codificables y decodificables como femeninas o masculinas, disentir con ese entrenamiento, descomponerlo, es entrar en disenso con el sistema: con esa idea no materializable, no totalizable, que se corresponde a la suma de estructuras sociales: económicas, técnicas, científicas, ideológicas, éticas, artísticas, educativas y un largo etcétera. Instantáneamente, ese disenso supone entrar en conflicto, también, con un heteropatriarcado constitutivo que va emparejado con una retórica sexual pudibunda.

Se puede decir que, en términos genéricos, soy literatura. O si prefieren: soy f(r)icción. Soy un cuerpo alimentado por f(r)icciones *performativas* y somáticas; ya que en todo esto lo que esta en juego es mi cuerpo; y sin que somático sea entendido como el contrario de psíquico, son estas mismas f(r)icciones somatopolíticas que, producidas por un entramado espeso de tecnologías de domesticación del cuerpo, me permiten modificar, desfigurar, enmascarar, desnaturalizar, disfrazar, camuflar, disimular, aparentar, falsear, parodiar, mixtificar, (re)vestir, cambiar y trocar mi género.

desea, mi cuerpo anhela, mi cuerpo llora, mi cuerpo se retuerce mediante los placeres terrenales y está preparado para saltarse las normas y contaminarse de otros fluidos, flujos hormonados repletos de prótesis sintéticas, de siliconas maltratadas, de prospectos corruptos, de diagnósticos disfóricos y eufóricos. Esta sociedad contra-sexual que sugiere P. B. Preciado y que yo defiendo, instituye la obligación de prácticas contra-sexuales que se organicen en el seno de grupos libremente compuestos a los que cualquier cuerpo parlante puede incorporarse para poder hacer la resistencia desde estos precisos espacios.

Un cuerpo barroco:

resistiéndome a la Modernidad

Estamos en el lado de los monstruos. ¿Y qué?

Si ya no podemos insultar a los monstruos es porque nos damos cuenta de que somos uno de ellos...Nos hemos convertido oficialmente en activistas...

En nuestra lucha por la libertad de expresión llega un momento que el sistema de género aparece no solo como opresivo, sino como estúpido.

Cuando nos demos cuenta de lo ridículo que es, habremos empezado a dismantlarlo.

Kate Bornstein

Mi cuerpo, diseñado por la máquina insaciable de la modernidad, está fundado en el pragmatismo de la racionalidad, la narrativa institucional y biomédica, la lógica burguesa y patriarcal, la *blanquitud* y la identidad metafísica y esencial, al tiempo que transita hacia una subjetividad hiperestimulada, mediatizada, espectacular y globalizada. No obstante, pensarme como un cuerpo barroco supone rodear todas estas categorías, bordear sus límites y construir al extremo hasta hacerlas parecer arbitrarias, casi caricaturescas. Para comprender mejor este cuerpo trans, me he apropiado de la noción de *hipertelia*, que se aplica al estilo barroco en pintura y literatura.

La *hipertelia* es el exceso. Hay organismos que sobrepasan sus propios límites. Hay artefactos, como yo, que rebosan su función. Hay movimientos que van más allá de su objetivo común. Hay proyectos que superan su propia finalidad. Es de esta manera que la *hipertelia* se convierte en uno de los rasgos del barroco. Mi cuerpo, ahora barroco, emerge

como una posibilidad alternativa a los imaginarios eurocéntricos dominantes. Mi cuerpo, ahora barroco, no es precisamente un cuerpo que plagie textualmente los modelos occidentales de la feminidad imperialista, pero tampoco pretende construirse en franca oposición a la corporalidad prevaleciente. Mi cuerpo, ahora barroco, busca (re)inventarse a partir de fragmentos de distintas culturas supervivientes a los embistes de la homogeneidad del *ethos* capitalista, y que, en tal precepto, exagera rasgos, los disfraza y realza considerablemente.

Mi cuerpo trans, en tanto cuerpo barroco, es un cuerpo hipertélico. En yuxtaposición con el cuerpo dócil, no soy un cuerpo acabado, dado, sino que asumo las trans-formaciones que se superponen, reiteradamente, a las imágenes pre-establecidas de mi género. Por tanto, mi cuerpo “participa de la concepción del cuerpo hiperestésico, abierto y sin fronteras, susceptible de intervenciones de lo externo” (Lucerga, 2004). Como reflejo de mi mutación tenaz, *locus* de una producción autómatas de la subjetividad, es mi cuerpo al que se agranda y reduce, se le agrega, disimula, implanta y mutila.; mi cuerpo trans simula a la vez que explicita, destaca tanto como esconde. La puesta en escena de mi cuerpo siempre pre-figura un devenir, un querer ser, una construcción por hacer y es por este motivo por el cual, quizás, la *performance* de Butler (2001) puede servirme en cierta medida. Digo en cierta medida porque mi cuerpo no necesariamente resulta *queer* en el sentido de que mi parodia destituya identidades y regímenes sexo/genéricos. Si bien retuerce los estereotipos, mi cuerpo, ahora barroco, se adscribe a éstos.

Me (auto) denomino hipertélico en el cuidado del matiz; hiberbólica en la configuración de mis formas prominentes, de medidas que ansían la perfección del canon hegemónico; maleable en tanto materia susceptible de manipular por medio de fórmulas quirúrgicas y estéticas. Mi cuerpo trans contiene un exceso de significado en cada aspecto, situado, adiestrado, inducido, corregido a encarnar una feminidad o una masculinidad enaltecida,

sobresaturada y también adscrita. Con frecuencia, mi cuerpo trans parece encajar dentro de una subjetividad sometida a los mandatos de género. Pero, además, este es visto como objeto de exhibición en una cultura de masas cuyo sentido adquiere una espectacularidad que se instaure en mi/la vida cotidiana.

Sin embargo, esta teatralidad hiberbólica no ha permitido que mi cuerpo cayese en el engaño de su propia producción, de mi *performance* exacerbada. Este cuerpo trans que se mira respecto a las definiciones y tiene cavidad en su propio espectáculo, ha conseguido dar la vuelta a su exhibición y se torna en propuesta artística, ético-política. Como bien defiende Diana Navarro, “las trans* no somos sólo espectáculo y puteo, nos hacemos notar, pero tenemos propuestas para la ciudad”. Emergen, de esta manera, trazas y figuras de una subjetividad que hace que mi cuerpo *híper* se politice, que sea contemplado como otra posibilidad más de la vida, generando, al mismo tiempo, una controversia en torno al sentido del consumo que pretende y anhela encasillarme dentro de la cajita del “entretenimiento y el espectáculo”.

Trans(h)itos epistemológicos:

cuatro premisas básicas

La noción de diferencia(s) sexual(es) trata de retener o de recuperar el potencial epistemológico radical del pensamiento feminista dentro de las paredes de la casa principal, tomando prestada la metáfora de Audre Lorde antes que la nietzscheana prisión del lenguaje, por razones que en este momento parecerán superficiales. Por potencial epistemológico radical quiero decir la posibilidad, ya emergente en los escritos feministas de la década de los 80, de concebir al sujeto social y a las relaciones de la subjetividad para la socialización de otro modo: un sujeto constituido en el género, seguramente, no sólo por la diferencia sexual sino más bien a través de representaciones lingüísticas y culturales, un sujeto en-gendrado también en la experiencia de relaciones raciales y de clase, además de sexuales; un sujeto, en consecuencia, no unificado sino múltiple y no tanto dividido como contradictorio.

Teresa De Lauretis

Soy un sujeto genérico. Soy un sujeto generizado. Estudio mi cuerpo en relación con lo que lo rodea y es esta misma corporalidad la que es objeto de estudio para las ciencias sociales. Soy, por ende, una contribución social. Para estudiar esta corporalidad de la que te hablo, me es indispensable enumerar, a continuación, cuatro premisas fundamentales¹³ que asocio a ciertas rupturas epistemológicas y que tienen que ver con mi propia condición como sujeto de-generado-generizado.

¹³ Tienen que ver con las premisas básicas del postestructuralismo y de la deconstrucción que comenta De Lauretis: la destitución del sujeto unitario y la revelación de su carácter constituyente y no constituido (De Lauretis, 1989).

Primera premisa: soy un sujeto que encarna una cultura de género histórica y geográficamente situada, al igual que las personas que me rodean y que posteriormente formen parte de este proyecto. Esto me coloca, cara a cara, con sujetos con los que comparto afinidades y discrepancias; consecuentemente, esto provoca una ruptura epistemológica importante que va ligado, por un lado, al cuestionamiento del dualismo entre sujeto/objeto, yo/el otro, como también a la construcción de conocimiento disciplinado que alimenta estas polaridades y, por otro lado, con la destitución del sujeto indivisible.

Segunda premisa: esta ruptura epistemológica de la que hablo funciona como nexo entre lo que sé, siento, experimento, encarno con lo que observo, diluyendo, de esta forma, las supuestas fronteras a las que obliga la producción del conocimiento; fronteras planteadas como límites, márgenes que fragmentan todo aquello que percibimos, situándolo en un marco de opuestos que objetiva, simplifica y homogeneiza la realidad. Mi vivencia trans es el motor de mi exploración y para que el conocimiento que genero sea “valioso” -que no válido- debe ser un conocimiento desde el re-conocimiento del lugar que ocupo en ella y en mi vida en general. Considero que no necesariamente hace falta ser trans* en el sentido más amplio del concepto- para investigar a cerca de lo trans*, pero si pensar(se, te) desde lo trans* para estudiar, entender y luchar por lo trans*. Puede que la visión incompleta y el conocimiento situado (Haraway, 1995) sean el único método para investigar concibiéndonos como *sujetos encarnados*, desafiar las fronteras disciplinarias y las fronteras del género.

Tercera premisa: si esta ruptura epistemológica es crucial en la investigación de mi cuerpo -y por lo tanto del sujeto- también lo es aquella relacionada con la frontera existente entre metodología y teoría que, desde mi punto de vista, esta ligada con la necesidad imperiosa de teorizar desde el reconocimiento de la diversidad y pluralidad de procesos de

subjetivación e identitarias. Reconocer esta multiplicidad es: poner en cuestión todas aquellas metodologías rígidas y teorías universalistas, debatir las “verdades únicas” así como integrar los silencios interpretativos o identificar las erratas de las teorías más relevantes de la academia. Es urgente problematizar estas epistemologías, metodologías y teorías que venimos utilizando para acercarnos al propio cuerpo y buscar la manera para que unas y otras puedan interactuar y acompañarse durante este proceso.

Cuarta y última premisa: complejizar nuestra mirada. A modo de metáfora, la realidad debe contemplarse desde una mirada que descarte lo bidimensional y reconozca las tres dimensiones. Cuestionémonos a fondo si realmente estamos produciendo un saber sobre la corporalidad que acepte previamente una perspectiva enmarañada del tema, que reconozca que para abordarla debemos superar algunos automatismos modernos y revisar nuestra propia forma de mirar, sentir y (re)transmitir. Pasemos de lo plano al relieve, de las texturas a lo vivo. Pasemos, en definitiva, a la carne propia. Pasemos a la carne y sus cicatrices, aventuras y relatos que la modifican. Mi cuerpo trans es cultura encarnada o, dicho de otro modo, es carne “en-culturada”. Mi cuerpo trans es un continuum existente entre la biología y la cultura del saber. Mi cuerpo trans materializado, producto de la *performatividad* (Butler, 2001) está pre-determinado por los discursos que producen representaciones y por las prácticas corporales rutinarias, que producen, incesantemente, cuerpos dóciles, maleables y controlables (Muñiz, 2013: 27).

He querido abordar el cuerpo partiendo de estas premisas porque considero crucial plantear el género no solamente como lo normativo, como lo que (de)limita, sino como un conglomerado de experiencias que lo rebosan como frontera y multitud, simultáneamente; visibilizar y denunciar sus secuelas, explicitar la diversidad de relatos, sujetos y experiencias que no se están mostrando, representando o cuestionando, que están relacionadas con la cultura de género y son positivas, heterogéneas, complicadas o,

como mínimo, paradójicas. Lo que pretendo con esto es mostrar mi tránsito no como una desviación o anomalía sino como una diversidad, alternativa u opción de estar en la vida.

Mi (trans) subjetividad como frontera:

reflexiones de una quimera periférica

En algún momento, en nuestro camino hacia una nueva conciencia, tendremos que dejar la orilla opuesta, la división entre los dos combatientes mortales de alguna manera curados para que estemos en ambas orillas a la vez y, a la vez, veamos a través de los ojos de la serpiente y el águila. O tal vez decidamos desentendernos de la cultura dominante, borrarla todos juntos como una causa perdida, y cruzar la frontera en un territorio completamente nuevo y separado. O podríamos ir por otra ruta. Las posibilidades son numerosas una vez que decidimos actuar y no reaccionar.

Gloria Anzaldua

Mi cuerpo trans es una experiencia corposubjetiva. Mi trans(h)ito inacabado evidencia mi género y actúa como frontera, como tecnología, como fenómeno que modela, es moldeado y, simultáneamente, se quiebra en tanto que representación para dar lugar a mi propia (re)significación, mi (re)creación, mi transformación. Mi cuerpo es ahora *corpus*, es carne fresca para la teoría post-moderna. El biopoder del que tanto dilucida Foucault está tatuado en mis entrañas; el poder represivo silencia mi masculinidad, haciendo de lo opuesto, mi feminidad complaciente, un ente producido y productivo. Como bien ha podido definirme Scott (1996), ante la máquina biopolítica de Foucault, yo soy “una

constelación dispersa que naufraga entre relaciones desiguales que se constituyen discursivamente como “campos de fuerza” sociales” (1996: 287). Es aquí donde mi identidad quimérica, monstruosa y dislocada deviene opresora u oprimida, un sujeto producido y productivo del poder. No puedo hablar aquí solamente de fronteras impuestas; me toca hablar desde mi posición como sujeto que reproduce y resiste a los embistes heteronormativos desde mi propio marco, desde mi con-texto de enunciación “privilegiada”. Es importante situarme aquí para comprender estos cambios en relación con la “naturaleza” del poder en sí mismo porque ya no es “necesario recurrir a los medios de fuerza para obligar al condenado a la buena conducta, al loco a la tranquilidad, al escolar a la aplicación, al enfermo a la observación de las prescripciones” (Foucault, 1998: 206).

Identifico la frontera en mi, me hallo en la frontera, habito la frontera y, sí, soy yo quien ha contribuido a construirla. Mi cuerpo-frontera no solo divide espacios geográficos, sino que va más allá de la cartografía. Soy una parábola simbólica de la frontera, una quimera periférica que (re)ordena dimensiones de la vida como el tiempo, el espacio, mis comportamientos y tus deseos. Mi monstruosidad trans se abre ahora al cambio de los sentidos atribuidos a lo propio y lo ajeno en/de mi. Mi cuerpo trans actúa como frontera, no como aduana. Mi cuerpo quimérico es un lugar de separación y (re)encuentro, un lugar amurallado donde lo bizarro es visto como amenaza. Mi (corpo)subjetividad es un espacio de rico intercambio y actúa como moneda de cambio en las negociaciones entre los mundos. El aspecto físico de mi cuerpo fronterizo es esbozado, borrado, (des)dibujado reiteradamente para crear una dimensión simbólica que otorga sentido a la experiencia de lo propio y lo ajeno. “La frontera simbólica reordena entonces las condiciones de la vida para dictar cómo se vive el tiempo, el espacio, los comportamientos, los deseos, lo temido y lo querido” (García y Aldaya, 2006).

Esta reflexión en torno a mi cuerpo-frontera me permite prescindir de las habituales interpretaciones geográficas, económicas, demográficas y políticas para poner el énfasis en las representaciones, el sentido de la vida, del mundo, del yo, del nosotras y los otros. Mi cuerpo, ahora cartografía viva, me permite pensarme más allá de la aparente naturalización de mi cuerpo físico para semiotizarlo, analizarlo y darle sentido en aquello que siente como propio y ajeno entre los confines de la periferia cultural.

Hablo de semiotizar tu cuerpo y también el mío. Hablo de semiótica corporal porque no puedo evitar interesarme por cómo se han construido los cimientos y anclajes de mi subjetividad. Hablo de semiótica corporal porque, como trans y feminista, me cautiva la articulación de los cuerpos sexuados desde el lenguaje como herramienta-artefacto; la construcción *performativa* de mi sexo (Butler, 2001), mi identidad quimérica, mi orientación desorientada, mi género ambiguo, mi deseo perturbado, lo permitido frente a lo prohibido, lo subversivo, lo que está *en stock* o fuera de catálogo, los cuerpos, como el mío, que te irritan y te interpelan cuando te frustras porque no sabes/quieres clasificarlos, los cuerpos que interpretamos como semejantes y aquellos que interpretamos como diferentes al nombrarlos. La ansiedad del patriarcado por jerarquizar, dividir y determinar los cuerpos para su futura expropiación (Federici, 2010) hace que los cuerpos trans*, así como el de las mujeres, las racializadas, mestizas, diversas funcionales... etc. sean cuerpos apropiables. Si mi cuerpo quimérico y periférico se resiste, este será viol(ent)ado y lejos de justificarse la resistencia se justificará la viol(ent)ación como forma de disciplinamiento. Se produce así la paradoja de que como sujeto periférico ya no tendré un vínculo con mi propio cuerpo que no esté mediado por los sentidos producidos por el heteropatriarcado, porque mi experiencia será desmentida y aceptaré la autoridad del discurso monolítico de la ciencia para determinar mi sexualidad; aceptaré la prioridad de

la culpa religiosa sobre mi deseo; aceptaré la prioridad de la subordinación jurídica sobre mi autonomía. La cultura que me rodea, *ergo*, una cultura occidental, clasista, racista, euroblanca y (trans)fóbica, degrada mi cuerpo dimórfico y sueña con expulsarlo, borrarlo del mapa, justificándolo con una violencia pedagógica y militarizada que dinamita frontalmente contra mi.

Mi cuerpo-frontera-fronterizo¹⁴, productor y producto de discursos, no es rígido. Mi cuerpo trans se adapta a las interacciones y se esfuerza por interpretar a la otra (el otro) y decodificar, así, las consecuencias que podrían derivar de la interpretación del otro (la otra) hacia mi. Es por este motivo que hablo de la frontera semiótica como autopoietica, porque como bien defiende Zygmunt Bauman (2001), “cada momento de la vida de la sociedad es de autoconstitución, de autorreproducción y de autorrenovación”. Mi cuerpo trans es, en definitiva, una gestación dinámica de identidad.

Puedo asumir vivir mi cuerpo fronterizo, quimérico como un cuerpo del Estado que decide patrullar las fronteras para que no penetren más extraños a su idiosincrasia, a la defensiva y prepararme para los ataques constantes; o también puedo vivirlo como una invitación a sumar mi melodía personal a la polifonía de la diversidad humana, aquella que es construida con las memorias ancestrales de las lenguas maternas y con los dialectos que se constituyen como marcas de pertenencia. La polifonía que expreso, expresas, expresamos forma parte de un instrumento afinado que compone partituras subversivas

¹⁴ Hablo, también aquí, de la frontera como escenario de porosidades y densidades que se encuentran visibles en mi cuerpo y cuya permeabilidad afecta a mi tránsito. Los dispositivos de control y otros sistemas semióticos (imágenes, lenguajes, códigos, etc.) que se hayan dentro de mí esta en continuo contacto con la frontera y límites del diálogo que mantengo con otras personas y culturas.

con nuestras memorias y vivencias, para sumarlos, todos juntos, a la armonía prodigiosa de lo diverso.

Desplazamientos

Cierro los ojos para delimitar la orgía. Hay demasiado de todo. Me callo. Retengo mi aliento. Me acurruco, abandono mis límites, me repliego hacia un centro imaginario... no sin premeditación ... me hago rapar el cabello, arrancar los dientes, los senos —todo lo que moleste o impaciente mi mirada— el estómago, los ovarios, el cerebro consciente y enquistado. Cuando no tenga más que una carta en la mano, un latido del corazón que sentir, pero la perfección, por supuesto ganaré la partida.

Claude Cahun

No me considero una persona políticamente correcta. No pretendo serlo. Defiendo que, para impugnar la norma, debo apartarme de ella y para esto es necesario asumir esta conciencia. Me río de los órdenes normativos y de sus estructuras atrofiadas. “¡Que otros sean lo normal!” vocifera Susy Shock a tres tetas con el pecho descubierto, porque defiende que, dos es la metáfora empobrecida que reproduce el binarismo violento, y que sostiene tanta cárcel mental y tanta sangre derramada.

Me gusta reconocermé como ameba. La ameba, de género femenino según el diccionario, es un protozoo microscópico unicelular de **forma cambiante** que se **desplaza** mediante unos **falsos pies** o pseudópodos. La ameba es, ahora, la metáfora de mi perturbación identitaria. Las amebas representan (representamos) un problema; no solo en tanto que

parásitos intestinales o sociales sino desde un punto de vista teórico ya que, para ellas, las amebas, morir y nacer son el mismo proceso. Soy un individuo adulto que, contrariamente a lo que la palabra sugiere, no soy in-divisible y que por lo tanto mi madurez implica separarme y encorsetarme en una de las dos polaridades sexo-genéricas prevalecientes.

Mi célula originaria se postra en los límites de las representaciones duales de los discursos referentes. Desde mi cuerpo insólito y extraño cabe la posibilidad de “ir haciendo de el” un lugar propio. Mi trans(a)gresión indefinida es una experiencia que da cuenta de un movimiento que descoloca la f(r)icción representativa de cuerpos con marcas duales, monolíticos y lineales. Mi cuerpo-célula originaria se presenta en relación constitutiva con un “yo”; mi cuerpo, es así, un espacio de conformación, un lugar de entendimiento y reflexión, en el que se refleja un contexto social precario y violento.

Mi cuerpo (trans)figurado sale, de tanto en tanto, a re-correr las calles, a saborear olores lejanos; a encontrarme con viejos amigos de miradas tristes y labios elocuentes. Mi cuerpo trans camina por senderos y colinas abruptas, deslizándose entre arenas blandas, amargas y perturbadas. Así es como mi cuerpo trans-formado se encuentra frente a cuerpos “otros”, cuerpos “*entre*”, cuerpos frontera, cuerpos límite y muchos otros cuerpos límenes. Y son cuerpos-espacio, cuerpos-lugar, con una potencia representacional que hace que, de golpe, ya no me sienta tan acongojado.

Pero *¿quién es cuerpo?* Aunque la respuesta a esta inocente pregunta parezca obvia, el relato, la narrativa que vomito sobre este texto desestructura los apriorismos; Si, las apariencias engañan. La particularidad de mi subjetividad -siempre corporeizada- pone en d(e)uda la relación lineal en la que el sexo conforma al género y viceversa. El género se personifica en mi cuerpo de manera desordenada y mis deseos, necesidades son elementos determinantes en esta acción corpórea que te sugiero. A tus ojos, de mirada

“extraña y extranjera”, mi cuerpo trans se traduce en existencia abyecta, sin forma, sin sentido, pensado como digno de ser rechazado y mantenido en los márgenes del olvido.

Es la diferencia que plantea Julia Kristeva (1988) -promotora de binarismos y semantización de los opuestos excluyentes- la que (a)trae la abyección de aquello que no puede reconocerse y des-encadena la maniobra aplastante del sin-sentido. En el hito de la in-existencia y la alucinación, si asumo esta realidad, me extermina. Lo abyecto y la abyección son aquí mis barreras, barreras de mi cultura¹⁵. Soy cuerpo honorífico abyecto, con denominación de origen; una estrategia encarnizada para trazar fronteras entre lo humano y lo animal, el sujeto y el objeto de tú abnegación, el interior y exterior de un lugar/hogar ocupado por el silencio. Soy “un juego en el campo semántico y las reglas de género [...], un juego con los polos definidos por el orden de género vigente” (Vendrell, 2011: 121). ¿Juego? ¿Voy y vengo? ¿Irrumpo sin previo aviso? ¿Des-coloco? ¿Tensiono? ¿O “sencillamente” vivo y sobre-vivo?

En cierto modo, mi cuerpo trans se convierte en un lugar ajeno. Recuerdo encontrar en la obra de Jean Luc Nancy (2006) las palabras exactas que me advertían que el cuerpo -entendido como un intruso que *transita* por la extrañeza y la familiaridad- juega *entre* un yo que enuncia desde sí mismo y un yo que está siendo enunciado. Bajo esta máxima, comprendí que el accionar de mi propio motor conformaba mi cuerpo en tanto que representación para mi/uno-mismo. Un cuerpo intruso que “está en mí, y se convierte en extranjero para mí mismo” (Nancy, 2006: 32): el intruso se encuentra ahí y aquí, simultáneamente, soy yo mismo. El lugar limítrofe que ocupa mi subjetividad quimérica

¹⁵ Soy la parte repugnante del par: lo ilegal, lo malo, lo enfermo, lo anormal, lo feo; evítame si puedes, desplázame de tú sofá de *chester* cuyo préstamo no puedes pagar y elimíname de tú lista negra que acumula cuerpos sin nombre para el bienestar moral de tu ego repulsivo.

se estructura sobre las bases del orden hegemónico que excluye e incluye a “los otros” inadaptados. Mi cuerpo quimérico como existencia, re-conocimiento y representación - esto es, como lugar relacional-, pone en marcha movimientos, acciones y deseos que reproducen mecanismos de sujeción ante mi propia condición experiencial.

Mi cuerpo trans tiene un lugar en el espacio hegemónico; mi cuerpo trans es el lugar desde donde se construyen, se revelan y marcan con precinto barato los límites de lo normal. El *status quo* de mi corporalidad disidente no solo es de índole sustantiva sino constitutiva, en el sentido de que desempeña el papel del “otro” abyecto, no como hombre ni como mujer, sino como “aquello” lejano que se encuentra des-marcado de los grandes centros de control social, económico y político. Me posiciono lejos de la farándula institucional y la burocracia putrefacta que ni siquiera es consciente de mi existencia. Asumo que esta postura me mantiene, por un lado, alejada de los llamados “beneficios” del Estado, pero, por otro lado, también me proporciona la posibilidad de re-articular una serie de estrategias de supervivencia que me mantienen a flote en un lugar digno de considerar: el lugar de la posibilidad, del placer y del libre deseo.

Fluidos y otros rizomas salvajes

Los fluidos, por así decirlo, no se fijan al espacio ni se atan al tiempo. En tanto los sólidos tienen una clara dimensión espacial (...), los fluidos no conservan una forma durante mucho tiempo y están constantemente dispuestos (y proclives) a cambiarla. (...). Los fluidos se desplazan con facilidad. “Fluyen”, “se derraman”, “se desbordan”, “salpican”, “se vierten”, “se filtran”, “gotean”, “inundan”, “rocían”, “chorrean”, “manan”, “exudan”; a diferencia de los sólidos, no es posible detenerlos fácilmente.

Zygmunt Bauman

Mis flujos inundan, insaciables, los dormitorios castigados por el amor (romántico). Mis flujos, sudorosos, bañados en Itnogen®, desvelan la ambigüedad de mi *transcurrir*. Mis flujos, vaginales, son ahora la nueva denuncia de mi incontinencia (verbal). Mis flujos están ansiosos por empapar las cabezas de los domadores del género. Mis flujos, aunque provenientes de una vagina feminizada, van y vienen. Lo empapan todo. Mis flujos no son femeninos. Mis flujos tampoco son masculinos. Mis flujos son míos y tuyos y nuestros. Mis flujos fluyen al caminar. Mis flujos fluyen al cambiar de acera para coger el autobús de camino a casa. Mis flujos re-corren las calles y tu(s) cuerpo(s) desnudo(s).

Mis flujos sienten rabia cuando se les prohíbe jugar. Mis flujos juegan al despiste porque la necesidad aprieta y son duros los tiempos que (se) corren. Mis flujos fluyen hacia un devenir incierto, apoyándose y derramándose en tus sábanas de satén rojo. Mis flujos tienen miedo de trans-pasar los límites de lo correcto. Mis flujos, flujos de un cuerpo trans, sueñan con resbalarse por *entre* tus grietas, digo piernas, para dinamitar, así, el deseo impuesto por la heterosexualidad obligatoria que impregna nuestros torsos. Mis

flujos, salvajes, paganos, versátiles, nómadas, furtivos, silenciosos, silenciados, explosivos, súper poderosos, cambiantes, náufragos no son masculinos, ni tampoco femeninos. Mis flujos quieren cambiar de cama. Mis flujos quieren cambiar de color y de olor y de forma y de formato y de tamaño y de capacidad y de clase. Mis flujos quieren fundirse en un aquelarre poético de tráns(h)itos in-acabados. Mis flujos quieren desparramarse en tú lujuria y hacer de este ritual tú injuria.

Mi género es flujo, es fluido, es líquido. Mi género líquido es la resolución del deseo rizomático que no se deja amurallar por las categorías identitarias de género y sexualidad. Darle voz a mi deseo rizomático implica escapar y vaciar mi cuerpo de las construcciones binarias, represivas que lo configuran para llenarlo de intensidades y potencias que propician mi construcción; la creación de algo nuevo y rizomático.

Mi género es flujo, es fluido y *transita* de lado a lado casi de manera imperceptible; mi liquidez proviene de la analogía de los flujos. Por consiguiente, no hay una forma molar de vivenciar mi género, aunque, constantemente, la normativización irrumpa e intente codificar todos estos flujos que escapan a su control, calificándome, clasificándote como enfermo, *trans*-tornado o anómalo. Lo líquido siempre intentará salir de su contención y dispersarse. Siempre habrá fugas, líneas de fugas incesantes.

Entre la posibilidad y el limen

He puesto preservativos en esculturas públicas.

He enterrado mi identidad cual semilla a la espera de un crecimiento.

He organizado una alfombra humana.

He vestido un pasillo sobre mi cuerpo.

Ingresé a un baño de mujeres en cuero cual hombre.

Expuse mi disfraz con el cual me travestía de varón para el trabajo.

Me declaré potencial amenaza a tus prejuicios.

Effy Beth

La estrategia metodológica que ejemplifico a lo largo y ancho de este trabajo para ubicar el lugar donde se haya mi identidad periférica y complejizar, aún más, las reflexiones (in)decenas inscritas hasta ahora, parte del uso de la categoría “*entre*”, *ergo*, trato mi experiencia desde un punto de vista simbólico y me ubico en un *umbral*. Me sitúo en una fase *liminal*.

Según sugiere el antropólogo Arnold Van Gennep (1986), el limen es un proceso de reacondicionamiento, un *in-pass* donde lo uno y lo otro aún no son, un espacio de posibilidad. Se trata de un lugar intermedio, donde prima la ambigüedad y los atributos pasados o futuros pasan desapercibidos. Cualquier cambio de situación está vinculado a ciertas “ceremonias” que hacen que el individuo pase de una situación determinada a otra igualmente determinada., “dejando tras de sí varias etapas y franqueando varias fronteras”

(Van Gennep, 1986: 13)¹⁶. Desde esta perspectiva, mi cuerpo-*umbral* “escapa de los sistemas de clasificación (...) no se le puede situar (...), mis ambiguos e indefinidos atributos se expresan por medio de una amplia variedad de símbolos” (Turner, 1967: 102). Víctor Turner en su ensayo *El proceso ritual. Estructura y antiestructura* (1988) ejecuta un análisis desde la antropología simbólica de la noción de ritual derivada del desarrollo de los dramas sociales, otorgando valor al espacio liminal o *umbral* donde yo he decidido situarme.

Retomo, en estas líneas, la estructura de los dramas que plantea Turner (1988) porque me ha permitido comprender la fuerza y potencia del espacio liminal que se presenta como un espacio *entre* o espacio de fronteras. Los dramas, presentes en mi día a día, son elementos imprescindibles que elaboran la voz de mi experiencia vital. Mis dramas, tus dramas, son considerados unidades no-armónicas o disonantes del proceso ritual que eclosionan en situaciones de conflicto. Estos altercados, combates o ritos de pasaje -tal y como los concibe Turner- se entienden como intrínsecamente dramáticos, dado que las personas que participamos en ellas no solo hacemos cosas, sino que tratamos de mostrar a otros lo que estamos haciendo o hemos hecho. Según especifica Turner (1988), todos los procesos rituales de “tercera fase” (reparación) y “primera fase” (separación)

¹⁶ Estas *transiciones* de un mundo cósmico o social a otro han sido calificadas como ritos de paso, los cuales se subdividen en: ritos de separación (preliminares), ritos de margen o liminares y los postliminares o ritos de agregación (*ibid*: 20). Esta separación en tres estadios se ha visto alterada en mi proceso de tránsito de género. Discrepo de Van Gennep (1986) en la manera de dividir estas tres etapas ya que, el contexto socio-cultural, el momento histórico y la actitud del sujeto frente al drama planteado, son factores que pueden alterar el tiempo lineal de los acontecimientos. En mi caso, podría decirse que, mi tránsito inacabado ha ejecutado el proceso ritual a la inversa, subrayando los preliminares como objetivo y medio de lucha para la subversión.

contienen dentro de sí una etapa liminal que proporciona un escenario para lograr las estructuras únicas de experiencia. No obstante, Van Gennep (1986) considera que el segundo estadio de los ritos de paso puede representarse como la tierra de nadie, el paso *entre* el pasado y el futuro estructural como anticipado por el control normativo de la sociedad sobre el desarrollo biológico.

Es en esta fase liminal donde habita mi (trans)subjetividad, carente de insignias y propiedades sociales. Me hallo inscrito en un estadio *transicional* de indeterminación: ya no estoy clasificado, pero, al mismo tiempo, todavía no he sido clasificado. Si hablo en estos términos es, quizás, porque la *liminalidad* es el reino de mi posibilidad, un manantial de un metapoder (antiestructura) que deja hueco a un espacio-tiempo plausible de una manera subjuntiva. Mediante este espacio-tiempo, se van localizando, poco a poco, los símbolos expresivos de mi identidad ambigua, trazando, des-dibujando y generando modelos del mundo de lo posible. Mi cuerpo trans* podría situarse, aquí y ahora, bajo la mirada de la *liminalidad*. Mi proceso identitario se ha dado en fracciones (fricciones) vivenciales de-marcadas por el lugar donde he sido ubicado -antes, como mujer biológica, dudando de si era o no suficientemente guapa, bella, espectacular; y ahora, en un estatus ambiguo-, donde mis relaciones sociales con el resto de los mortales tienen un peso mayúsculo en el proceso creativo de mi nueva corporeidad. Dado que no deseo ni pretendo ser una mujer u hombre genérico, ni tampoco poseer atributos sexuales que me denoten un estatus de feminidad o masculinidad hiperbólica, podría decirse que lo mío se ubica en un plano intermedio, sobrepuesto. Mi cuerpo periférico, en palabras de Turner (1988), se encuentra en un periodo liminal en la que “aún no es lo que desea ser”. Turner se equivoca con esta afirmación, pues no “me encuentro atrapado en un cuerpo que no me corresponde”. Mi voz no se halla inmerso en el deseo por corresponder a un ideal de

feminidad o masculinidad ni tampoco pretende ascender al tercer y último estadio de la reparación del drama. Si nos pensamos (las personas trans) en cuanto a *transeúntes* que fluctúan incesantemente de un estadio a otro, dicho paso se materializa en mi (nuestra) carne. No existe un tránsito exclusivo y por *default* de un cuerpo a otro, sino que, el género, como reivindica Marta Lamas (2000), es un logro práctico, un proceso *entre* quien despliega su apariencia y quien le atribuye género. Al situarme y asumirme como sujeto liminal, me deslindo de un dominio basado en la economía de oposición binaria, ubicándome en otro lugar de lo que Luce Irigaray denominó “gramática sustantiva del género” (Irigaray cit. en Butler, 2001) e imponiéndome, en consecuencia, a esa coherencia artificial interna que perpetúa el régimen binario de género.

De esta precisa manera, si bien el “ritual de paso” sirve como análisis pertinente y útil, no complejiza la fuerza de la condición liminal. Con esto me refiero, específicamente, a la omisión del cuerpo como elemento que orienta la comprensión de toda acción experiencial de mi (trans)subjetividad. Al olvidarnos del cuerpo, sólo consideramos que existe una frontera simbólica que dialoga e interactúa con el sujeto -el deseo de pertenecer a otro género y/o en ocasiones a otro sexo-. Se pasa por alto que, mi cuerpo trans, en sí mismo, constituye la frontera que delimita y materializa tanto mi deseo de lo uno o de lo otro; es mi cuerpo quimérico el encargado de (re)crear los límites de lo social y culturalmente hegemónico. Haciendo uso de parte del planteamiento de Monique Wittig (cit. En Butler, 2001), considero que los sujetos no pueden adquirir significado más que en y desde el lenguaje. Las marcas de género tatuadas en mi carne parecen ser las que designan qué posición debería tomar en el espectro discursivo-representacional de los cuerpos. Mi cuerpo trans* ha sido designado, mi cuerpo con género “construye una *episteme* conceptual mediante la cual se universaliza el marco binario del género” (Butler,

2001: 54). Mi cuerpo-*umbral* disloca tanto la función discursiva como representacional en la que se presupone una relación casi causal *entre* sexo, género y deseo: aquí, mi deseo no expresa al género y mi género no refleja el deseo.

Mi necesidad de vida -la necesidad de *hacerme cuerpo*-, de buscar un lugar auto-referencial, pone mi cuerpo deslocalizado, diferenciado, caracterizado dicotómicamente -en apariencia, desde el propio lenguaje, con base en ciertos comportamientos o vivencias acotadas al deseo- en un espacio límite. Es así como mi (trans)subjetividad escapa de dichos marcos, no desmarcándose de ellos sino (des)localizándolos y, por tanto, (des)localizándome; mi vivencia marca un espacio “otro” al mostrarme indefinible. De alguna manera, mi acción conlleva un movimiento brusco, atomizado en los sistemas de clasificación. Mi identidad descoyuntada hace de contrapeso a un régimen de legitimación de cuerpos, sexos, géneros y deseos hegemónicos, de ahí que resulte comprensible -que no justificable- que me mantenga(n) en los márgenes geográficos, sociales e institucionales del imperio occidental.

Mi cuerpo “otro”, simula ante los ojos de los demás, quienes no pueden o quieren reconocermme como hombre ni como mujer. Soy siempre “otra”, rara, grotesca, copia fallida, defectuosa, media mujer o medio hombre, machorra...nunca un ser completo sea por uno u otro lado. Las mujeres con pene, las camioneras, los marikas, las ambiguas, las desviadas, como somos habitualmente nombradas por el grueso de la población, somos sujetos que, en nuestro hacer cotidiano, mediante nuestros cuerpos, mostramos cómo se estructuran los márgenes de los discursos, de los territorios y de las formas de vida.

Desde mi cuerpo trans*, dudoso, indeciso, tambaleante he aprendido a amar las preposiciones. Las preposiciones denotan el origen, la procedencia, el destino, la dirección, el lugar, el medio. Las preposiciones me han ayudado a instalarme en los límites de las representaciones y postrarme en este *umbral* borroso; no solo *entre*, en medio de lo uno o lo otro, pero también sobre, detrás, delante, encima de lo asumido como masculino o femenino, haciendo con este movimiento mi propio lugar de existencia, haciéndome de un cuerpo, haciéndome de un espacio que pareciera siempre de indeterminación. Muestro, aquí, que la ecuación planeada por los sistemas de clasificación corporal e identitaria pueden modificarse. Se trata de un movimiento a la inversa, esto es, mi cuerpo se está haciendo y, en este hacer constante, continuo creando un género o quizás no solo uno, sino dos... Juego con aquello que me va mejor de lo entendido como masculino y femenino, (re)creando un cuerpo que se hace “desde sí mismo”; un cuerpo que responde a una necesidad, como un mecanismo de supervivencia ante la adversidad¹⁷; un cuerpo que se hace y se saca a la luz, materializando los elementos vivenciales más inarmónicos.

Mi cuerpo-*umbral* vocifera, medio ahogado, que los dualismos estructurales del sistema de representaciones occidentales ya no pueden continuar siendo asumidos desde opuestos-complementarios, esto es; o pura estabilidad biológica, natural y trans-histórica, o una configuración social y cultural abstracta y lineal. La premisa de la corporeidad

¹⁷ Pero no deseo que desde este privilegio de poder hacer mi tránsito me otorguéis el placer de hablar de valentía de ser yo mismo después de haberme hecho llevar el peso de la exclusión y la vergüenza toda mi infancia. No vengáis a darme este privilegio como daríais un vasito de vino más a un enfermo de cirrosis, al mismo tiempo que negáis mis derechos fundamentales en nombre de la naturaleza y la nación, confiscándome mis células y mis órganos para vuestra delirante gestión política.

materializada desmonta esta postura para dar paso al cuerpo en pura acción continua. Mi cuerpo histórico, contingente y fluido, libre de relación dialéctica, conforma mi existencia corpóreo-física y proyecta un tipo de vínculo intersubjetivo que se extiende en el mundo y en el cual, yo soy el participante principal.

Trans-pictóricxs: un caleidoscopio corporeizado

(o el *devenir* fotograma)

*¿Existe el cuerpo? ¿No será que se trata tan solo de una metáfora, de una abstracción, de un objeto saturado, cubierto, velado, maquillado, tatuado de signos y símbolos contradictorios y excluyentes? Cuerpo opaco, refractario, enigmático. **Algo más** se oculta en ese rostro, en esa piel, en esos labios, algo que se escapa como una serpiente debajo de una piedra. **Algo más**, una interrogación, una pregunta.*

Mauricio Molina

Mi cuerpo; un contenedor exento o pleno, maleable y deformable. Conjugado siempre en gerundio, mi cuerpo va adquiriendo, constantemente, una **forma** extrema. Soy la dueña de un todo, presente en el espacio en el que me desarrollo, siendo por tanto creador de vacío y simultáneamente de plenitud. Un organismo que con-**forma** en sí mismo un juego de concavidades y convexidades, de oquedades naturales y artificiales que permanecen constantes, modificados, re-nombrados y creados. Cada situación y/o posición en la que mi cuerpo está presente, ocasiona un espacio determinado, una huella efímera en el

tiempo, pero perdurable en el todo que me con-**forma**. Este espacio físico existente *entorno* y *entre* mi cuerpo y el tuyo, está siendo registrado y materializado en esta pieza que pretendo que mastiques.

Dicho esto, y ante la multiplicidad diabólica de mi cuerpo trans, esta irónica sustracción/saturación del sentido, no me ha quedado otro remedio que el de (de)construir una serie de metáforas y símbolos, siendo consciente del riesgo de quedarme en este *umbral* (in)habitable y volverme ajena a todo contacto.

Mi metáfora trans es, en este capítulo, la fotografía. Soy un juego *trans-formado* en fotogramas infinitos que se extienden a lo largo de un carrete analógico. La fotografía, al igual que mi subjetividad periférica, tiene un doble juego. A la fotografía, como a mí, le gusta mostrar y ocultar. El cuerpo real, paradójicamente, al ser capturado por la cámara caleidoscópica, deviene metáfora y símbolo al mismo tiempo. El estupor, el asombro que (re)produce la imagen de mi cuerpo *transfigurado* encierra consigo una doble significación: por un lado, (re)presenta al cuerpo en sí y, por el otro se (re)presenta a su doble (re)convertido en signo. La fotografía me ofrece la posibilidad múltiple de mostrar nuestros cuerpos dislocados. En esta miniaturización, he encontrado más un desdoblamiento simbólico que en mi cuerpo mismo, *ergo*, la compleja riqueza de la proliferación de las imágenes y la imposibilidad de agotarlas con la interpretación. Tal y como bien defiende Mauricio Molina (2004) en su ensayo *El cuerpo y sus dobles*, decir cuerpo es nombrar algo que permanece oculto en la más profunda oscuridad. Es gracias a la (re)aparición de mi doble que (re)nace mi “otro” cuerpo, el cuerpo utópico, fantasmagórico: mi cuerpo soñado, desafiante, saturado de símbolos, sin el cual mi cuerpo “real” dejaría de existir.

Mi cuerpo, no masculino, no femenino, se ha convertido en algo que ya no posee la belleza de lo sublime, sino que se ha *trans-formado* en su opuesto, es decir, en lo impúdico, en lo degradante, en lo abyecto. Lo abyecto ha provocado un estado de drama y repugnancia que perturba mi propia identidad, que pone a prueba los límites, barreras de resistencia y tolerancia del orden heteropatriarcal¹⁸. Mi cuerpo quimérico, en su *devenir fotograma*, ha sido patologizado, enclaustrado e invisibilizado por una sociedad enferma, colocándolo dentro de un paisaje de desconfianza y deshumanización. Como bien apunta Susan Sontag “la cámara puede ser benigna, pero también es experta en crueldad”¹⁹. Cualquier acto de fotografiar supone interesarse por las cosas y tomar partido por el hecho observado, si bien desde una distancia crítica que escruta, atomiza, disecciona la realidad.

La visión fotográfica de la que te hablo me permite ver la realidad social que todas vemos, pero consideramos demasiado ordinaria para ser tomada en consideración. ¿Qué estrategia pretendo adoptar ante este feroz diagnóstico que el sistema ha perpetuado en mi? Básicamente, esta es una estrategia provocativa de inversión, conversión, **deformación** y, porque no, emancipación del cuerpo trans que se encuentra en un estadio

¹⁹ Deseo rescatar aquí unas preciosas palabras de Susan Sontag (1981) en su obra maestra *Sobre la fotografía* que demuestran que una imagen vale más que mil palabras: “la fotografía se ha transformado en una diversión casi tan cultivada como el sexo o el baile. la fotografía es, sobre todo, un rito social, una protección contra la ansiedad y un instrumento de poder. Una fotografía es a la vez una pseudopresencia y un signo de ausencia”. Pues es en este trabajo que, esta ausencia identitaria se ha podido (re)llenar mediante imágenes y fotogramas que han dado vida a una existencia perdida.

de *liminalidad*, no-lugar, viaje permanente. Mi cuerpo trans, ha dejado de someterse al canon clásico de belleza para (re)convertirse en un lugar de manifestación de los excesos tecnológicos y de las “enfermedades” sociales, de la fusión con lo mecánico, inorgánico y artificial.

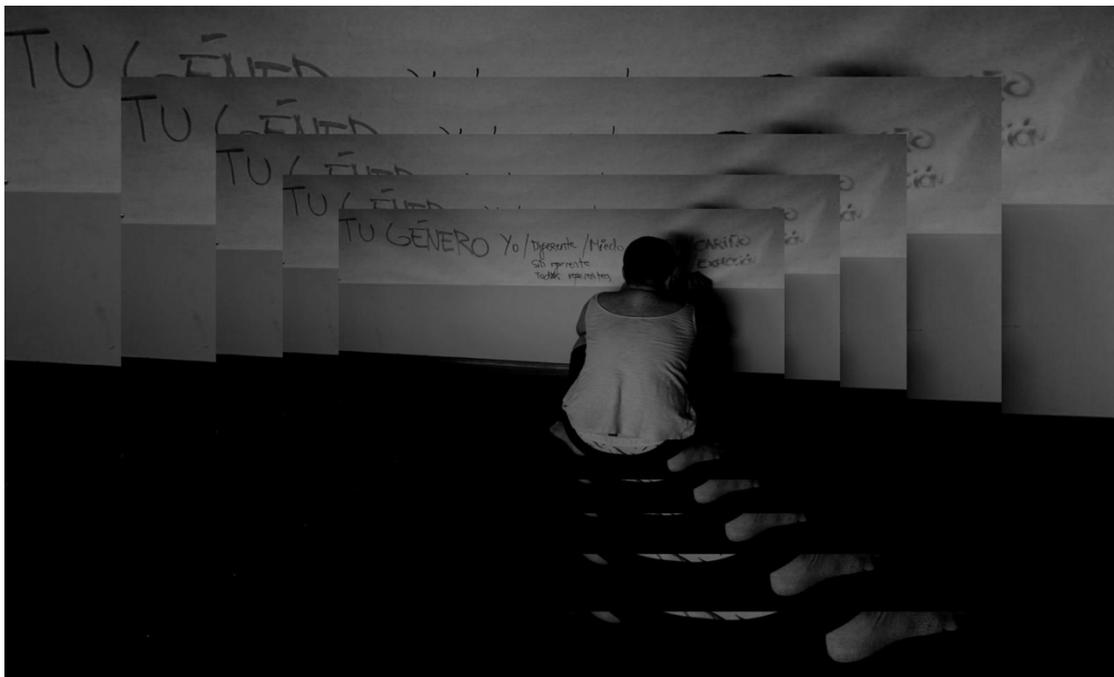
Mediante las instantáneas que he ido recopilando a lo largo de este periplo que vengo contando, he entendido que la imagen de lo real sustituye a la realidad hasta tal extremo que sólo si recogemos una fotografía de esa imagen somos capaces de disfrutar plenamente de ello. Mi fotografía trans* actúa como su vestigio, a la vez que me sumerge en la f(r)icción protegiéndome de las salpicaduras. Mi fotografía *trans*-figurada advierte sobre la (des)aparición de lo propiamente humano y de lo real en este ambiente artificial, prostético, falsificado, sintético del mundo moderno en el que vivo. Por un lado, me (te) alivia al traernos lo real *entre* mis (tus) huellas y, por otro, dejo en evidencia la pérdida, al recordarme(te) que es meramente una simple representación.

La potencialidad emancipadora de sostener una cámara *entre* mis dedos me ha dejado ver que siento nostalgia de lo real, y es este impulso de necesidad la que me ha llevado a (re)crear una vivencia desde un no lugar con las herramientas que estaban dispuestas a mi alcance, esto es, la imagen y la palabra. El objetivo de mi cámara me ha servido para dar nombre y apariencia a una identidad grotesca, para dilucidar si era la **repetición**, un arma exasperada y ansiosa de mi verdad oculta, la base de nombrar la identidad trans periférica para poder (re)construirla.

Anhelo la sensación de sentirme lleno, atiborrado de esa validación y reconocimiento de tu mirada externa, ajena a mi locura y es por esto por lo que deseo recuperar un pequeño

fragmento de Jana Leo (1996) en su breve ensayo *La piel seca. La fotografía, la realidad, el cuerpo, el amor y la muerte* para describir con exactitud el motivo de mi *devenir fotograma*:

Hacer una foto es hacer el vacío en sí mismo y en lo que se fotografía, tomar posesión de lo real a la vez que afirmar la incapacidad de intervenir en ello, pues cada acto de recreación es uno de creación y cada uno de afirmación de la realidad es un punto más a la negación de su existencia. Idealizamos a las personas en su imagen para que de su indefinición nazca su ser real. Fundamos nuestra vida, nuestra historia, nuestro amor en una sonrisa de papel, las justificamos por los rastros desvanecidos y planos que alguien nos tomó o que de forma intencionada y con aquella finalidad nosotros capturamos. Y si es toma o captura o caza es porque necesitamos tener aquello de lo que carecemos, alimentarnos de lo que nuestro organismo es deficiente. Necesitamos signos que glorifiquen nuestros días y que dejen constancia de ellos. La fotografía es un signo que cumple esta función, actúa como indicio de lo que fue. (2004: 207 en *La certeza vulnerable*)



Kai, *Tu género repetido (reprimido)*. Barcelona, 2019

Esta instantánea tomada en una intimidad *translúcida* refleja la obsesión por la **repetición** como estrategia para *devenir cuerpo* reconocible, reconocido. En mi mismo *devenir fotograma, devenir fotógrafo*, percibo personas que transitan, como Kai, sin ninguna identidad plausible, las imagino masculinizadas o sin sexo, sin lugar aparente, con una identidad, al mismo tiempo, múltiple. Reconozco que esta estética de la ambigüedad me seduce. Por este motivo, tal y como pretendo ejemplificar mediante esta fotografía, quiero manifestar la existencia de una (co)relación *entre* la identidad artística y la identidad de género. Hay en ella, un contraste marcado por una iluminación que se refleja excesiva, oscura, degradada en la parte inferior de la instantánea y reducida en el polo opuesto, expuesto. Mi protagonista, Kai, se localiza precisamente en la frontera de este reflejo. Esta frontera puede ser interpretada como una visión de un “género intermediario”²⁰ que navega *entre* dos aguas contrapuestas y se mantiene a flote gracias a la capacidad de ocultación y mimetización con el entorno elegido.

En este proceso creativo en el cual me veo sumergido, no deseo trabajar en la soledad de mi habitación propia, para no construir una poética autorreferencial, así que he decidido buscar más que una orientación, una interlocución. La única certeza aquí es que esta interlocución debe realizarse con un sujeto próximo a mi devaneo de lo improbable teórico, de lo improbable identitario, de lo improbable clasificable.

²⁰ Este es un concepto que rescata Tirza True Latimer (2005) y que me sirve para manifestar que las personas trans que no se ajustan al binarismo de género, no siempre necesitan un respaldo institucional y mediático, sino que, cabe la posibilidad de que el sujeto sea su propio agente y pueda negociar los límites de lo establecido mediante su voz. La infantilización y el paternalismo que muchos actores sociales ejercen sobre los cuerpos abyectos juega un papel negativo a la hora de desarrollar formas alternativas de co-habitar el cuerpo y la identidad.

En el instante de presentarse esta posibilidad, de ser Kai mi interlocutor, me satisfago. Kai, en masculino o femenino o *entre* ambos o *entre* ninguno, me transporta a una interfaz liminal permanente. Vislumbro una conexión *entre* su ambigüedad polifónica y mi situación dividida *entre* una identidad quimérica e inclasificable. Ambos (sobre)vivimos en un contexto neoliberal donde se exigen sujetos (re)productivos, bellos, puros, coherentes. Re(x)sistimos en un sistema que tiene como objetivo la (re)producción del binomio normal/anormal, mediante fórmulas cuyo resultado atinge directamente a una dimensión estética. Me hago creer que Kai y yo dialogamos la misma lengua. *Devenir fotograma* significa compartir este espacio liminal, un no lugar predeterminado. *Devenir fotograma con-forma* un “compromiso imaginativo” de una re-construcción de saberes subversivos.

La inconmensurabilidad de mi cuerpo *trans-formado*, que no puedo encontrar cuando gesticulo frente al objetivo de mi cámara, me lleva a pensar en todas y cada una de las memorias, experiencias y percepciones que he (sobre)pasado, que he decodificado, que he hecho parte de mi proceso cognitivo, a través de una identidad confusa, imprecisa, inconclusa. Si algo tengo claro es que no existe la pureza del cuerpo. El delito de lo sin **forma**, de la **forma** amorfa, poco o nada puede preocuparme. En el arte, como en la escritura, lo insano está permitido. La construcción imaginaria de mi cuerpo trans, funda otro cuerpo. Quien sabe y devengo el otro, las otras. Este acto pictórico del *devenir fotograma* tra(n)storna las percepciones y, por lo tanto, los códigos de la representación identitaria.

Puedo, finalmente, sugerir que este gesto artístico instaura un paradigma de contra-visibilidad, cuya potencia estética no radica en la deconstrucción del género, sino en los

afectos que llega a desencadenar (Villemur, 2007)²¹. Existe, dentro de esta fotografía, un cuestionamiento inicial que (re)surge a partir de los márgenes, la periferia pero que no claudica. La desidentificación, como defiende Rosa Blanca (2015), “no significa la manufactura de una estética apolítica”. El no lugar es una libertad parcial y la libertad es política.

Muerte a la máscara

*El desapego con el cual el actuante desempeña su rol,
manifestando al público que no se identifica con el yo al que ese rol está comúnmente asociado,
demuestra que, detrás de la máscara del actuante, habría un yo real, personal, que haría posible
esa distancia respecto del rol.*

Nizet y Rigaux

La máscara ha devuelto mi cuerpo trans al universo de lo indiferenciado, de lo anónimo. No puedo dejar de observar este desplazamiento como un ritual donde esta precisa máscara es la manifestación de un cuerpo intoxicado, des-figurado y barroco. La máscara,

²¹ Hablo aquí de afectos porque los cuidados son una tarea colectiva dentro de la agenda política de lo queer y el movimiento transfeminista. Los afectos son la base principal desde donde reivindicar el carácter vulnerable y frágil de todo ser humano. Es desde aquí desde donde pretendo, utilizando medios artísticos, hacer una política de los efectos y afectos para potenciar una estética incendiaria del género como marca registrada para la revuelta social.

mi máscara, actúa metonímicamente: su contacto con mi piel seca ha modificado sustancialmente mi *trans*subjetividad. Lo único que la máscara ha dejado al descubierto es la desnudez de mi ojo húmedo que mira desde el otro lado, impaciente, acechante. La máscara ha desafiado mis límites, elevando su función a un estadio catártico.

Desde la crítica literaria y la teoría de la estética, pasando por el posestructuralismo francés y las diferentes corrientes feministas hasta los movimientos *queer* y el mundo *cyberpunk* de la Nueva Carne, se ha insistido una y otra vez en la misma idea, ahora (re)encarnada en mi *trans*subjetividad: la disolución del sujeto, la fragmentación del yo, la dislocación de mi subjetividad, la fungibilidad de mi identidad, la contingencia de los roles sociales y, en términos más apocalípticos, la mutación del sujeto. Estas han sido maneras diversas de expresar un mismo fenómeno que se halla en estricta correlación con la muerte de Dios (Nietzsche), la muerte del autor (Barthes), la muerte del hombre (Foucault), la muerte de la historia (Fukuyama), la muerte de las grandes narrativas (Lyotard), la muerte de la metafísica (Derrida) o la muerte del arte (Danto).

La pretensión que se esconde detrás de mi *devenir fotograma* es, ilustrar de manera gráfica, la metamorfosis humana y social que se está produciendo en nuestra sociedad de consumo que reduce toda realidad a un juego de apariencias, de ficciones, de artificios (Baudrillard, 1993 y Jameson, 1998).²².

²² Deseo hacer un paralelismo de mi tránsito inacabado con la obra maestra de *La Metamorfosis* de Franz Kafka mostrando un pequeño segmento del texto que me ha servido para reconsiderar si mi elección de nombrarme sujeto que habita un no lugar es realmente una cuestión de privilegio o instinto superviviente: “Quizás convivimos en el mismo laberinto de caminos misteriosos en los que él peregrinó austeramente toda su vida sin llegar nunca a encontrar una salida”

Es más, no existe realidad última ni existe un fundamento ontológico detrás de las apariencias, de los juegos de mi lenguaje, de los conglomerados de poder. Mi arte se convierte, aquí y ahora, en un generador de mundos simulados y ficticios. Mi cuerpo feminizado, tecnológicamente manipulado y recortado, se virtualiza a través de la publicidad que yo mismo consumo, se evapora ante el ritmo fugaz de las modas occidentales, lo digitalizo mediante mi teléfono inteligente, se (re)compone con ayuda de la fotografía o se desublima en una catarsis performativa. Como defiende Lipovetsky (1996), “el arte de transvanguardia ha abanderado un estilo ecléctico, decorativo, lúdico, y heterogéneo que está determinado por la lógica del vacío, de la moda y de la mercadotecnia”.

Mi propuesta artística se alza contra el mito moderno de la originalidad. Puede que *entre* mis influencias más evidentes exista un patrón similar al de los *ready-mades* de Duchamp, las particiones de Rothko o las repeticiones modificadas de Warhol pero, mi *devenir fotograma* ensalza el valor anónimo de toda imagen expuesta, abrazando como modelo de realidad la simulación, la ficción, la ironía, la máscara o la apariencia superflua. El sujeto soberano de la modernidad que encarno se ha fragmentado, dislocado; se ha disuelto en un archipiélago de infinitos yoes, ha perdido su papel de plataforma sólida de todo saber para acabar convirtiéndose en una variable más del discurso patriarcal (Barthes, 1987). El resultado de este ejercicio refleja la distorsión de los límites sexo-genéricos de un rostro enmascarado, un cuerpo habitado/habitable en la frontera que separa la realidad de la ficción.

Así es como mi máscara representa mi persona y adquiero, al mismo tiempo, un rol y una identidad pre-determinada a través de ella, sin descuidar su dimensión material (corporal) en el proceso de formación *performativa* de mi identidad quimérica. Cuando el campo normativo que regula los discursos de la materialidad corporal se basa en meros datos sin identidad social, se produce aquí un borramiento, una pérdida de la máscara, como símbolo de la pérdida de la propia identidad.



Tijeras, vendas y esbozos: forma amorfa de una vida sin rostro. Barcelona, 2019

*Aquí estoy con la máscara cubriendo el
rostro para no espantarte, para que no
salgas corriendo
¡cuán débiles son las carnes
desgarradas, como la seda atrapada en
espinos blancos!
Y sus hilos trémulos, y la humedad de
los ojos, buscan con ansia tu imagen, y
me aferro para no caer en el vacío,*

*en el lóbrego agujero que succiona mi
esqueleto
Una voz sofocada grita desde el interior
y las manos aladas tapan la boca -es la
conciencia que emerge de su grieta- y
exasperada clama:
¿sabes lo que es ser mujer y no querer
serlo?*

Poema auto producido bajo el título *¡Escóndete cobarde!* Barcelona, 2019.

Foucault (1986: 4), traza una analogía con esta pérdida en relación con la literatura de la peste, “donde los individuos amenazados por la muerte que recorren las calles abandonan su identidad, arrojan sus máscaras, olvidan su estatus y se entregan al gran desenfreno de la gente que sabe que va a morir”.

La máscara como mediadora *entre* mi yo y el mundo exterior desaparece con la pérdida de mi identidad feminizada, en el momento en el que la identidad como presencia a sí, como responsabilidad de mi *trans*subjetividad para responder sobre sí ante los demás, es disuelta²³. La mutilación de cualquier potencialidad a través de una ocultación, de un borramiento, deviene en una identidad sin máscara, en un tipo de identidad avalada por elementos con los cuales no puedo relacionarme, una identidad devenida en dato, como escribe Torras (2004), un “cuerpo ausente” que termina por borrar la relación con mi identidad periférica:

La relación que mantenemos con el cuerpo ausente, el cuerpo no visible a simple vista, el cuerpo interior, nos aboca al desconocimiento, a la propia extrañeza del yo, constituido por algo que no reconoce. Raramente nos identificamos ante una radiografía de nuestra rótula como sí, en cambio, con mucha más facilidad, podemos saber que son las nuestras esas rodillas de la fotografía. Necesitamos una traducción de lo que las imágenes de nuestro cuerpo ausente dicen: no podemos interpretar tacs, ecografías, mamografías ni siquiera una simple radiografía porque, además, como señala Linda Cartwright, no siempre coinciden con la experiencia sensorial que tenemos del propio cuerpo. (2005:79)

²³ En el ensayo *Womanliness as a masquerade* (1929), Joan Riviere sostiene, por ejemplo, que la construcción de lo que se llama “la feminidad” puede ser asumida por las mujeres como una máscara, donde la autonomía de un yo individual no es más que una ilusión ya que siempre está en relación con el otro, donde el otro no constituye aquí una persona o un grupo de personas, sino un sistema simbólico impersonal.

Pensar en mi identidad liminal, implica pensar también en la identidad sin persona contemporánea. Mi máscara, como los disfraces, no cubre una repetición bruta y desnuda, no se coloca “encima de” sino que es un elemento constitutivo de la repetición misma, una parte constituyente de mi identidad trans (Deleuze, 2006). Lo que deseo mostrar mediante la simbología de la máscara es que la identidad no es inamovible ni está cercada por los contornos de esta. No existe una última máscara, ni mi identidad se inscribe en forma ajena a una identificación colectiva, ni tampoco representa una personificación definitiva. En el proceso de construcción de mi identidad ininteligible, he comprendido que las normas que atañen a mi género están previamente configuradas y que estas mismas normas, con-**forman** un sistema de dependencia de las instituciones y del Estado, donde la enunciación de mi género dislocado solo remitirá a algunas personas y donde la normalización de los cuerpos abyectos ocupará el foco central.

Encuentro destacable matizar, que mi identidad polimorfa no se encuentra escondida en el interior de mi cuerpo ni tampoco reside como verdad absoluta fuera de mí. La construcción de mi identidad ha requerido la participación de otro ojo externo, otra figura abyecta que me ha servido de soporte y espejo al mismo tiempo. Tal y como Agamben (2013: 78) pregunta: “¿Qué significa, en efecto ser reconocidos, cuando el objeto del reconocimiento no es una persona sino un mero dato numérico? Y ¿Cómo es posible comunicar no con una sonrisa o un gesto, no con gracia o reticencia, sino a través de una identidad biológica?”



Major X Tom, *Unicoños febriles, travestis Kawasakis*. Barcelona, 2019

*No reconozco lo que muestra el espejo
esos ojos hundidos, mustio el semblante,
la palidez de la muerte
y su alarido
y de pronto el corazón salta, en el cuerpo
de otro,
y te leo de nuevo, te siento cercano,
eres el único que despavorido no huye,
el único que conoce la locura palmo a
palmo*

*la luz apagada de los ojos te mira
y del corazón brotan pétalos negros
como la noche cubre con su manto la vida
la sombra luminosa del abrazo sale a tu
encuentro
y quedo ahí fundida con el eco silencioso de
tus palabras
con el arrullo mudo de un no sé qué
que espero.*

Poema auto producido bajo el título *Silencios enmascarados*.

Barcelona, 2019.

¡Cuidado! hay un ciborg en mi casa vacía

(un astronauta en la Rambla)

No se trata de que la vida sea sueño,

sino que los sueños también son vida.

P. B. Preciado, *Un apartamento en Urano*

“El Sputnik sigue aparcado en el garaje. Hace mucho que perdí de vista a Laika y, desde hace ya más de seis meses, el Apolo se ha convertido en la sala de fiestas más concurrida por mis amistades más esperpénticas. Recuerdo caminar por la Rambla, bajo el sol abrasador de Barcelona, un domingo después de una noche de excesos. Recuerdo las miradas incesantes de los turistas que ansiaban verme tropezar con aquellos tacones de diez centímetros que desafiaban la ley de mi gravedad. Vestía una falda de tubo con lentejuelas que se deslizaban hasta rozarme las rodillas doloridas. Llevaba puesto un top fucsia que desdibujaba el contorno voluptuoso de mis pechos premenstruales y encima de esto, un collar de plata, al más puro estilo 2Pac²⁴, brillaba con todo su esplendor rodeando mi cuello de gimnasio. Hacía más de tres meses que había comenzado a

²⁴ Tupac Shakur, también conocido como 2Pac o Makaveli, es y será uno de los raperos que más ha influenciado mi adolescencia. Recuerdo mirar sus videos e intentar imitar sus andares, plagados de una potencia masculina que, simultáneamente, me disgustaba y atraía. El collar de plata al que me refiero en esta frase hace referencia a todo un legado de raperos afrodescendientes que utilizaban llamativos collares de perlas para demostrar su riqueza y poder en los Estados Unidos, allá por la década de los ochenta y noventa, donde la segregación racial y la violencia en la calle en ciudades como Nueva York o Philadelphia se había convertido en un campo de batalla idóneo para denunciar la supremacía blanca y el racismo que ejercía el Estado hacia los inmigrantes, las personas afrodescendientes, los y las homosexuales y transexuales .

hormonarme y el vello en mi barbilla, patillas y brazos comenzaba a manifestarse de manera contundente. Pasé de largo el quiosco repleto de noticias variopintas y me topé, de golpe, con mi reflejo ante un escaparate que dejaba entrever mi figura extraña. Me sentí un astronauta desubicado en medio de un planeta conquistado. La Rambla de Barcelona fue, aquella mañana de domingo, el lugar más hostil que no fue capaz de acoger un cuerpo cuya única pretensión era la de incomodar, inundar de carmín barato, las mentes corruptas y aborrecidas por el sistema sexo/genérico. He de confesar que siempre me he sentido un poco astronauta en mi propio cuerpo. He soñado y diseñando, cada vez, una misión diferente para conquistar las diversas partes de mi piel inconclusa. Sin embargo, he comprendido que, como decía Calderón de la Barca, “los sueños, sueños son” y que el mundo onírico es mi f(r)icción preferida que sólo comparto bajo las tiernas caricias de mis sábanas de franela”.

Fragmento extraído de mi *Libreta enfurecida*, septiembre de 2018.

Mi cuerpo trans ha sido, durante un tiempo finito, una casa vacía. Puedo decir que he disfrutado del potencial político de esta analogía. Mi cuerpo trans ha sido un apartamento de alquiler sin mueble alguno, un lugar sin pertenencia, un espacio sin nombre propio. (Espero aún el derecho a ser llamado por el Estado, espero y temo la violencia de ser nombrado). Habitar mi cuerpo *trans-formado* me ha hecho querer devolver a cada gesto su carácter inaugural, detener el tiempo de repetición, suspendiendo la fuerza interpelativa de la norma. He tardado un tiempo en darme cuenta de que el motivo por el cual me obstino en mantener mi cuerpo trans en un estadio de vacío permanente no es fortuito: he establecido una relación de equivalencia *entre* mi proceso de transición de género inacabado y mis modos de habitar el espacio. Durante los primeros meses que

acompañaron mi proceso de hormonación, mientras los cambios corporales esculpían mi subjetividad como un cincel microscópico que trabajaba desde dentro, solo pude vivir en la trashumancia. Cruzar fronteras con un pasaporte que apenas me representaba fue entonces una estrategia de intensificar el tránsito, de legitimar la mudanza que pretendía recalcar.

Después de haber comprendido que las estructuras del poder capitalista y tecnológico ansiaban con llenar mi casa (cuerpo) vacía de muebles homologados de los grandes almacenes, me hice la pregunta de por qué nos apresuramos a amueblar las casas, por qué es imprescindible saber de qué género somos, qué sexo nos gusta. Tomando las palabras de P. B. Preciado en *Un apartamento en Urano* (2019):

Ikea es el arte de habitar lo que la heterosexualidad normativa es al cuerpo deseante. Una mesa y una silla son una pareja complementaria que no admite preguntas. Un armario es un primer certificado de propiedad privada. Una lámpara junto a una cama es ya un matrimonio de conveniencia. Un sofá frente a un televisor es una penetración vaginal. Una cortina sobre una ventana es la censura antipornográfica que se alza a la caída del sol. (2019: 227)

Ejemplificar mi cuerpo trans a través de la metáfora de la casa vacía es para mí una **forma** de simbolizar la presión que ejerce la cultura de la feminidad hiperbólica en los cuerpos representados como femeninos, *ergo*, el mío. Mi feminidad ha resultado ser un almacén de carga y descarga del régimen sexo/genérico que primero, me ha puesto a dieta, obligándome a consumir una ideología barata basada en la exaltación de mis “curvas de mujer” y que seguidamente, ha conseguido atiborrarme de convicciones normativas en torno a la familia, la maternidad, la importancia de la propiedad privada o los tratamientos faciales rejuvenecedores fabricados a base de aguacate transgénico y otros productos exóticos provenientes de territorios expoliados por occidente.

Dado que me he negado a seguir el dogma patriarcal que pretende disciplinar mi cuerpo abyecto, he decidido infectar mi *trans* subjetividad por medio de la f(r)icción tecnológica y el ciber espacio. Me auto denomino un cuerpo ciborg (Haraway, 2016), un híbrido *entre* cuerpo y máquina que desafía las leyes binarias de género. Partiendo de la imposibilidad de representar objetivamente el cuerpo ciborg, he decidido construir una cartografía sobre las bases de la conexión *entre* la figura del ciborg y mi subjetividad fronteriza. La mirada que hago sobre esta conexión tiene una pretensión política, no busco definiciones ilustradas. Así, me pregunto por el para qué de mi cuerpo ciborg, y siguiendo una lógica fractal, por el para qué de la figuración que te propongo. ¿Para qué el uso de metáforas más allá de la f(r)icción?

Mi política ciborg no tiene como meta la liberación. Pero creo necesario buscar herramientas adecuadas para poder conocer el espacio tiempo que me ha tocado vivir, sobre todo, desde mi posición en los discursos de poder/saber y siendo consciente de la realidad de las narrativas científicas en la construcción de la “realidad”. A principios del siglo veintiuno, las rígidas categorías que representaban al mundo como habitado por oposiciones binarias complementarias -sujeto/objeto; humano/máquina; naturaleza/cultura- ya no sirven para leer las nuevas ontologías surgidas a partir de la implosión de la biología, la tecnociencia y la sociedad de consumo. Somos nuevos organismos transgénicos, ciborgs transgénicos, criaturas genéricamente híbridas las que poblamos el espacio-tiempo. Para poder leer estas nuevas narrativas del cuerpo atravesado por las tecnologías de poder, veo necesario crear un tipo de lenguaje figurativo y policromático, de corte surrealista en el que la metáfora de mi cuerpo ciborg ocupe un lugar central en el debate en torno a la identidad, el género o la sexualidad:

La política de los ciborgs es la lucha por el lenguaje y contra la comunicación perfecta, contra el código único que traduce a la perfección todos los significados...insiste en el ruido y es partidaria de la polución, regodeándose en las fusiones ilegítimas de animal con máquina (2016: 32).

Estas oposiciones binarias que he descrito en el anterior párrafo han sido empleadas para justificar la dominación sobre mi género difuso, que no encaja en los estándares preestablecidos, cayendo en un espacio *entre* categorías, configurando, así, un tipo de pensamiento esencialista uniformador en el que los puntos de vista de quienes escapamos a las etiquetas se vuelven invisibles.

Propongo, parafraseando las palabras de Susan Leigh Star (1991), privilegiar la mirada de quienes hemos quedado fuera de la norma ante la sospecha de que nuestro poderío analítico es mayor de lo que se prevé. Star analiza la forma en que la estandarización abre caminos para algunas personas a costa de cerrarlos para otras, y cómo las identidades fijas existen gracias a la marginalización de otras posiciones no normativas como las de mi cuerpo quimérico. Mediante el sujeto ciborg desde donde me nombro, he intentado construir una categoría no binaria que permita ver la manera en que la estabilidad pública de algunas personas implica obligatoriamente la invisibilidad y el sufrimiento de otras. La metáfora de mi ciborg encarna una unidad descentrada, me he (re)convertido en una criatura híbrida que bebe directamente de la ciencia f(r)icción y los viajes espaciales.

Mi ciborg es una herramienta que cuestiona los posicionamientos políticos de las élites universalizadoras y tra(n)spasa las fronteras establecidas, dado que mi propia presencia funde los límites predeterminados *entre* humano y máquina, *entre* organismo y tecnología (Haraway, 2016), *entre* espacio interior y espacio exterior.

El nombrarme sujeto ciborg ha traído consigo una tarea *trans(a)*gresiva. Nombrarme ciborg implica redefinir los espacios para debilitar sus códigos, implantando nuevas maneras de concebir la habitabilidad del género. Nombrarme ciborg significa (re)producir, en los espacios dados, otra territorialidad; darle otro sello, otra marca, (re)convertir mi identidad desviada en un lugar de escenificación para el sujeto abyecto generando otro tiempo, (re)produciendo otro ritmo pulsado por la tensión *entre* el placer y la angustia, que permita la explosión de formas y la multiplicidad de escenarios donde pueda (podamos) (re)situarme dentro del espacio social. Estos espacios que propongo no serán una utopía, ya que este es un espacio imaginario fuera de toda concreción. Mi cuerpo quimérico traza un lugar-otro que guarda en sí otros lugares, que los relaciona generando cruces, vías e intersecciones, que los enlaza haciendo ovillo o madeja; que superpone los tiempos provocando ritmos dispares, distintos.

Para concluir este apartado, me gustaría mostrar una instantánea tomada, hace unos meses, a Dirty Sil, un sujeto dominado por la estética de lo feo, lo monstruoso y lo bizarro. Después de compartir un whiskey con hielo y alguna otra conversación aleatoria, Sil me propuso emular una fantasía nupcial desorbitada. Nombrarse sujeto ambiguo, no femenino, no masculino, ha alimentado en Sil una transformación de lo raro en arte crítico y subversivo. Con su permiso, me atrevo a decir que esta fotografía es una muestra de cómo la *performance* artística abre un nuevo campo discursivo para nombrar el cuerpo innombrable que la ciencia ansía destruir, mutilar, borrar.

Mezclando tonos carnalescos con una máscara sintética que simula, de manera casi real, la cabeza de un cerdo, Sil pretende bombardear la estética de lo humano. De pronto, deviene mitad animal, mitad humano y muta en un ser indescriptible que habita un lugar desconocido, pero suyo, propio. Mediante el uso premeditado que hago de esta imagen

capturada en la intimidad del poso que aguarda sigiloso en el fondo de nuestro vaso de whiskey medio vacío, como nuestro cuerpo, Sil me enseña la metáfora que se esconde detrás de esta máscara o velo, como elix lo llama. El velo esconde su rostro, el velo nubla, acorta, desordena y embrolla los procedimientos naturales de nuestra comunicación verbal, como lo hace también la poesía. Es veladura que tapa para mostrar lo que de otro modo no se ve. Es velo que vela para desvelar, ejercicio fronterizo, tiempo de límite, juego poético. Sil se haya inmerso en el límite porque es forma a caballo *entre* lo comunicable y lo incommunicable, rastreando cuestiones que sólo frente al objetivo de mi cámara analógica y la f(r)icción con su cuerpo puede notarse lo que se oculta, lo que confunde, lo que se escapa.

Es aquí mediante la simbología que rodea el cuerpo de Sil -el vestido nupcial desaliñado, la cabeza de cerdo a modo de velo, el fondo ennegrecido- que se ha generado una insurgencia del sentido, desde un lenguaje visual y satírico en un intento por evitar volcar nuestros cuerpos disconformes sobre los binarismos reduccionistas de género. Sil es el reflejo de la tecnología poético-artística que quiero mostrar(te) para manifestar que, sea cual fuera el lenguaje elegido, la representación de una figura humana que desafía los límites establecidos, permite descomponer la visión tradicional del signo y esto ya es una manera de cabalgar el borde, la línea divisoria, lo que es de la más alta responsabilidad poético-política, la fina línea que mantiene los mundos abiertos y en contacto y que, generando volúmenes polimórficos, me (nos) permite escapar de la bidimensionalidad del plano.



Dirty Sil, *Mi monstruo y yo: de camino a nuestro altar invisible*, Barcelona 2019.

Yo: trans...pirada

mojada nauseabunda germen de la aurora encantada

la que no pide más permiso

y está rabiosa de luces fluorescentes

luces épicas, luces blancas

sin Biblias, sin tablas, sin geografías, sin nada

*solo mi derecho vital a ser un
monstruo*

o como me llame, o como me salga

como me pueda el deseo y las ganas

*mi derecho a explorarme, a
reinventarme*

hacer de mi mutar mi noble ejercicio.

Un poema *Sin Título: Esbozos trans-pirados* de Dirty Sil un domingo de invierno.

Barcelona, 2019.

I compromiso filosófico

(o el regreso al futuro de un cuerpo mutante)

Mi género no pertenece ni a mi familia ni al Estado ni a la industria farmacéutica.

Mi género no pertenece ni siquiera al feminismo, ni a la comunidad lesbiana, ni tampoco a la teoría queer. Hay que arrancarle el género a los macrodiscursos y diluirlo en una buena dosis de psicodelia hedonista micropolítica.

P. B. Preciado, *Testo Yonki*

Si el espejo fue en la modernidad la superficie simbólica en que se representaba el ser y el mundo y la imagen especular en que se verificaba la existencia del cuerpo y la confirmación de su identidad, el escenario artístico posmoderno ya no se produce en el espejo, sino que desplaza sus reflejos a la *trans(a)*pariencia de lo cristalino. Y no sólo al cristal, sino a las relaciones y asociaciones de las imágenes con el cristal. Podría decir que, si el modelo de identidad moderna apuntaba a una construcción física del cuerpo, en la posmodernidad no hay cuerpos físicos sino *trans(a)*pariencias, envolturas, ausencias que se resuelven en presencias simuladas. Cuerpos muertos, f(r)icciones de vida.

Si bien es cierto que mi cuerpo mutante está situado aquí en primera línea de combate, me siento obligado a constatar que no sólo se trata del regreso de mi cuerpo, como cuando se ponen de moda los pantalones de campana y tiro alto, sino que detrás de este retorno está la apertura y la puesta en marcha de una nueva vivencia entorno a un cuerpo generizado que ha encontrado su no lugar en el espacio *entre* mundos contrapuestos. Así pues, mi cuerpo ha despertado de un sortilegio que ha durado unos cuantos años, pero que al mismo tiempo regresa modificado, alterado, sometido a nuevos tratamientos de

testosterona en gel, (re)construido bajo el impulso de parámetros imprevistos de sexo y género. Ahora mi cuerpo se presenta como una entidad compleja, ya no unificada y estructurada, sino estructurante, circundada por todas partes por la genética, la clonación, la tecnociencia o el aparato neoliberal destructor. Mi cuerpo ha sido invadido por la feminidad dominante y es esta misma invasión la que ha desencadenado una batalla contra los imperativos categóricos del régimen sexo/genérico. Mi cuerpo quimérico, (des)ubicado, (des)localizado, se reactiva, pero “ya no con la certeza de una emancipación experimental, ni bajo la apariencia de una conquista, sino en la inquietud de sus limitaciones, adquiriendo la apariencia de una interrogación” (Perrin, 1996: 410).

En esta postura paradójica, mi cuerpo trans es omnipresente, pero a través de su corporeidad de esta implosión en que, como si estuviese pulverizado, se halla en la periferia de todo y en el centro de ningún lugar. Omnipresencia volátil, a la vez ineludible e indiscernible, jugando hoy el papel de esta íntima interacción que te propongo, a la vez extendida y difícil de localizar; sembrando el caos y sin límites fijos. En esta nueva función, mi cuerpo diseminado se ha convertido en la membrana por excelencia que filtra mis mutaciones más complejas.

Dicho esto, tú, lectora valiente, estás siendo testigo de un regreso, pero a la vez de una mutación tanto textual y narrativa como física e identitaria. Y puedes preguntarte dónde ha ido a parar este cuerpo en su contaminación, un contagio proporcional a mi propia expansión. Tras la conclusión predominante acerca de mi posición dentro del marco de un posmodernismo inexpresivo y sus objetos manufacturados, modificados, fragmentados, puedo afirmar que, cuando la crisis de mi género no femenino, no masculino, llegó para no volver, mi cuerpo ha regresado a galope tendido. Pero esta vez

en una propagación inédita donde mi cuerpo se encuentra situado en un campo que se va ampliando, siempre en gerundio nunca en pretérito, hasta unos límites nunca expuestos.

Lo que he intentado *transmitir* a lo largo de todas estas páginas es la necesidad de comprometerme(te) con un cuerpo que se ha vuelto político en su caminar, para poder implicarme con el malestar de la abyección que me atraviesa. Con esta implicación deseo pensarnos, decirnos y hacernos, con el mundo, aunque no sin contradicciones -porque “como sujetos conscientes de formar parte de aquello que cuestionamos, no podemos sino valernos de estrategias donde la contradicción sea viable y productiva” (Zafra, 2014: 100)-, pero si de manera honesta porque siento que es imprescindible “romper las barreras de nuestra inmunidad. El compromiso es la disposición a dejarse comprometer, a ser puestos en un compromiso por un problema no previsto que nos asalta y nos interpela” (Garcés, 2013: 63).

Comprometer para romper las barreras de tú inmunidad y de la mía, es f(r)icción tan mercantil y neoliberal que nos separa en hombres y mujeres, en masculinidades y feminidades, en sanos y enfermas, en vulnerables e invulnerables, etc. He escrito desde una conciencia comprometida con la ruptura de las epistemologías occidentales entorno al disciplinamiento de los cuerpos sin lugar, situándome en la ética desvergonzada y lógica del contagio. Una lógica en la que me incorporo al espacio de lo incontrolable, inclasificable, suspensiva...en la que mi vulnerabilidad, al igual que la tuya, es una de las pocas características *sine qua non* de nuestra propia existencia. Una existencia con la que me siento comprometido desde esa definición, con la que me siento -irremediablemente- implicado porque, el patriarcado me ha desafiado y empujado contra las cuerdas, desgarrado las entrañas y asignado un papel que no sentía mío. Me aproximé a lo que

para mi entonces era impensable y es esta misma crisis de sentido, de género y/o pertenencia la que me exigió tomar una postura que me ha obligado a (re)pensar, a hablar, a crear, a retomar preguntas perdidas e inventar respuestas, algunas inconexas, que han dejado huella en mi. Y es que “todo compromiso es una *transformación* necesaria de la que no tenemos el resultado final garantizado” (Garcés, 2013: 64).

Carta de un tirano al espacio exterior

(o una invitación a meditar en colectivo)

Para las señoras, los señores y otros animales salvajes:

En medio del fuego cruzado en torno a las políticas del género y la sexualidad, tomo aquí la palabra como contrabandista *entre* dos mundos, el mundo de “las mujeres” y el de “los hombres” (esos dos mundos que podrían no existir pero que algunos se esfuerzan por mantener segregados como hizo Moisés cuando separó las aguas del Mar Rojo) para darles noticia de algunos “objetos perdidos” o, mejor dicho, “sujetos perdidos” en la travesía. Hablo como *tránsfuga* del género, como quimera encarnada, como disidente del régimen sexo/genérico que ha hecho la experiencia de vivir *entre* muros y que, a fuerza de atravesarlos día a día, ha acabado harto, señores y señoras, de la rigidez recalcitrante de los códigos que el sistema heteropatriarcal me impone.

He refutado, a conciencia, algunas de las pautas preestablecidas que ordena la institución académica en un intento por desdibujar y desafiar el orden simbólico y las teorías que rodean la representación del cuerpo atravesado por la tiranía del género. Porque el orden de las identidades sí altera el producto (mi cuerpo, mi vida) y la identidad que ha atravesado mi vida no es la de mujer, ni tampoco la de hombre; puede que sea una mezcla híbrida *entre* ambos o *entre* ninguna. He arrojado a la cara del público el corsé de la feminidad hegemónica y bajado del escenario de la obra teatral más exitosa de la historia: la heteronormatividad.

Te he intentado mostrar, valiente lectora, que un fardo de testosterona en gel no es la antesala a una masculinidad prepotente y depredadora sino un ensayo, una prueba para revelar la falacia que se esconde detrás de los imperativos categóricos de la *performance* del género. Te he intentado mostrar, valiente lector, que, aunque la tarea sea pesada, es posible habitar un cuerpo que ha sido despojado de su etiqueta feminidad mediante el lenguaje. El texto, en su contexto, ha construido un lugar hasta entonces inhabitado y es desde su potencia discursiva, figurativa que he podido manifestar la existencia de un no lugar propio, una f(r)icción encarnada y reconvertida en acto político. Dentro de la plasticidad que conserva el lenguaje y su riqueza narrativa, la fotografía ha sido la disciplina artística catalizadora de mi trans(a)gresión sexo/genérica ya que, como defiende Thomas Bernhard, “la fotografía es una manía innoble que poco a poco abarca a la humanidad entera, porque ésta no está sólo enamorada sino chiflada por la deformación y la perversidad, y realmente a fuerza de fotografiar, con el tiempo toma ese mundo como el único verdadero”. Es mediante la combinación, la mezcla *entre* imagen y texto que he conseguido nombrarme, (re)situarme en un lugar indefinido pero sólido al mismo tiempo.

Desplazar las fronteras, abrir nuevos campos desconocidos y generar otros códigos simbólicos y semióticos es, en realidad, el verdadero cometido de este trabajo sin pretensiones. Habitar el umbral, la periferia, el límite desde un género ambiguo que no se atañe a las ordenanzas soberanas del Estado es aquí, mi insurrección más desvergonzada.

La lírica de la ironía y el juego visual son, ciertamente, estrategias de politización que descentralizan el poder formal de las reglas narrativas. Siendo consciente del privilegio

de mi elección, esta propuesta político-artística se desmarca de lo común generando fugas, nuevos contornos, praxis alternativas para una posible configuración de todos aquellos cuerpos que deciden enfrentarse a la tiranía de los dualismos que rodean el género. El espacio liminal se apodera de mi feminidad y no deja cabida para la masculinidad hegemónica, trazando una nueva hoja de ruta que ejemplifique otros caminos para habitar el cuerpo y (re)significar el propio cuerpo.

Me autoproclamo ciborg porque eludir el impacto que la biotecnología y la ciencia farmacéutica han provocado en el disciplinamiento de los cuerpos (re)productivos me parece una postura engañosa y poco realista. En el devenir de mi cuerpo *transformado*, la intoxicación hormonal, la modificación corporal y el aparataje tecnológico han sido clave para reconocer que no existe más una pureza del cuerpo y la identidad que sean inmunes a los ataques violentos del mercado neoliberal, el Estado y las falsas democracias. Es por esto por lo que me reafirmo en la necesidad de combatir el monstruo patriarcal a través de cuerpos híbridos, quiméricos y monstruosos que desafíen la mutabilidad del orden establecido.

Extraerme(se) de la retícula de poder y escapar para tener la posibilidad de (re)inventar mi propio lugar habitable es ya un triunfo personal. Además, esta travesía, viaje, exilio ha requerido la invención de un nuevo lenguaje, la des-habituación. La *liminalidad* me ha convertido en monstruo, no sólo para los otros -aquellos que se identifican con una lengua, con una identidad nacional, con una identidad de género o con la supuesta verdad anatómica de la diferencia sexual), sino también para mi misma. Este caleidoscopio narrativo, reformado por imágenes, poemas y textos propios han hecho que mi malestar no cayese en un victimismo exacerbado. Al contrario. Como bien dice Emil Ferris, “a

algunos de nosotros nos gustan los monstruos”. Quiero terminar subrayando que he escogido rechazar la norma y elegido la monstruosidad como forma de vida porque como bien argumenta P. B. Preciado (2019), “es en los saberes y las estéticas que aquellos que han sido considerados tradicionalmente como monstruos donde se encuentran las claves para resistir y transformar nuestra herencia necropolítica”.

Concibo mi cuerpo como un archivo. Soy un artefacto vivo, un prototipo humano en el cual se ha producido una gestión tecno-política de la carne, de mi sexo, de mi género. Soy un sedimento discursivo, textual y tecnológico sin un original que me preceda.

Dicho esto, señoras y señores, representantes del régimen sexo/genérico anticuado, coged vuestra parte de responsabilidad *and have fun with it*, y dejadnos vivir nuestros cuerpos de la manera en la que nos de la gana. Gozad de vuestra estética de dominación, pero no pretendáis hacer de vuestra una ley intrínseca e inamovible. Y para concluir, dejadnos construir nuestra propia política del deseo, del sentir, del ser, sin hombres ni mujeres, sin penes ni vaginas, sin hachas ni fusiles.

Bibliografía

Agamben, G. (2013): *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia.

Anzaldúa, G. (2002): *La Frontera Borderlands La Nueva Mestiza*. Capitán Springs. Madrid.

Bahnisch, M. (1907): "Embodied Work, Divided Labour: Subjectivity and the Scientific Management of the Body in Frederick W. Taylor's 1907 'Lecture on Management'", *Body & Society*, vol. 6, núm. 1.

Barthes (1987): "La muerte del autor" y "De la obra al texto", *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*. Barcelona, Paidós.

Baudrillard, J. (1993): *Cultura y simulacro*. Barcelona, Kairós.

Bauman, Z. (2001): "Postmodernidad y crisis moral y cultural", en *En busca de la política*. Buenos Aires, FCE.

Blanca, R. (2015): "Fluidos pictóricos: ¿hacia una poética queer?". *Revista Estudos Feministas*, vol. 23, núm. 1, enero-abril, 2015, pp. 259-267 Universidade Federal de Santa Catarina Santa Catarina, Brasil.

Bornstein, K. & Bornstein, K. (2016): *Gender outlaw: On men, women, and the rest of us*. New York: Vintage Books. Penguin Random House LLC.

Butler, J. (1993): *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del 'sexo'*. Ediciones Paidós. Buenos Aires.

Butler, J. (2001): *El género en disputa*. Ediciones Paidós, Méjico.

Caraballo, G. (2013): "Los ojos del alma: lo evidente en Spinoza y Husserl". *Rev. Filosofía Univ. Costa Rica*, LII (134), 117-128.

De Lauretis, T. (1989): *Technologies of Gender. Essays on Theory, Film and Fiction*.

Deleuze, G. (2006): *Diferencia y repetición*. Amorrortu, Buenos Aires.

Dellacasa, M. A. (2013): *La carne y el bisturí: tecnologías biomédicas y cuerpos "adecuadamente" sexuados*. X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Disponible en: <http://www.remedioszafra.net/Arte-fem-tec-rzafra.pdf>

Federici, S., Touza, L. S., & Hendel, V. (2010). *Calibán y la bruja: Mujertes, cuerpo y acumulación originaria*. Buenos Aires: Tinta Limón.

Feinberg, L. (2004): *Stone Butch Blues*. Alyson Books, Paperback.

Foucault, M (1998): *Vigilar y castigar*, trad. Aurelio Garzón, México, D.F.: Siglo XXI.

Foucault, M. (1969): *La arqueología del saber*. Paris: Gallimard editions.

Foucault, M. (1986): *El uso de los placeres*. Historia de la Sexualidad II. Méjico: Siglo XXI.

Friedan, B. (1974): *La mística de la feminidad*. Madrid: Júcar.

Garcés, M. (2013): *Un mundo común*. Barcelona: Edicions Bellaterra.

García, R. (2006): “La construcción de la realidad a través del lenguaje”. *Eikasia Revista de Filosofía*. Universidad Autónoma de Santo Domingo, República Dominicana.

Halberstam, J. (2018): *El arte queer del fracaso*. Barcelona: Egales.

Haraway, D. J. (1995): *Ciencia, cyborgs y mujeres. Capítulo 5*. Ediciones Cátedra, Madrid, pp. 213-251.

Haraway, D. J. (2016): *Manifiesto para ciborgs: ciencia, tecnología y feminismo socialista a finales del siglo xx*. Editorial Puente Aéreo.

Kafka, F. (2014): *La metamorfosis*. España: Ediciones Octaedro S.L.

Kristeva, J. (1988). *El lenguaje, ese desconocido*. Fundamentos. Madrid.

Lamas, M. (2000): “Diferencias de sexo, género y diferencia sexual”, en *Cuicuilco*, vol. 7. Escuela Nacional de Antropología e Historia Distrito Federal. México.

Latimer, T. T. (2005): “Visions émancipatrices. Portraiture et identité sexuelle dans le Paris des années 20”. *Clio, Histoire, Femmes et Sociétés*, Saint-Denis La Plaine.

Leigh Star, S. (1991): “Power, Technology and the Phenomenology of Conventios: On Being Allergic to Onions”, en John Law (ed.), *A Sociology of Monsters. Essays on Power, Technology and Dominations*, *Sociological Review Monograph*, 38. Londres: Routledge.

Leo, J. (2004): “La piel seca. La fotografía, la realidad, el cuerpo, el amor y la muerte”, *El Paseante*, n° 26, Madrid.

Lipovetsky, G. (1996): *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo*. Londres: Macmillan Press.

Lucerga, M. (2004): “Ciborgs, forenses y la axila de sanex. El cuerpo en la sociedad mediática”, en: *Tonos Revista Electrónica de Estudios Filológicos*, No. VII, junio, pp. 4-24.

Molina, M. (1994): “El cuerpo y sus dobles”, *Luna Córnea*, n° 4, Méjico D. F.

Moya, C. (2015): *Una visión del género a través de la performance en la España actual*. Facultat d' Humanitats: Universitat Pompeu Fabra. Barcelona.

Muñiz, E. (2013): “Del mestizaje a la hibridación corporal: la etnocirugía como forma de racismo”. *Nómadas* (Col), núm. 38, pp. 81-97 Universidad Central Bogotá, Colombia.

Nieto, J. A. (2008): *Transexualidad, intertextualidad y dualidad de género*. Ediciones Bellaterra. Barcelona.

Nizet, J. y Rigaux, N. (2006): *La sociología de Erving Goffman*. Madrid: Melusina.

Perrin, F. (1996): “Mutant Body: Le corps dans son champ élargi. Notes sur une connectique transformationnelle”, en el catálogo de la exposición *L'art au corps. Le corps exposé de Man Ray à nous jours*, Musées de marseille-Reunión des musées nationaux, Marsella.

Preciado, B. (2008): *Testo Yonqui*. Madrid: Espasa Libros.

Preciado, B. (2011): *Manifiesto Contrasexual*. Madrid: Anagrama.

Preciado, P. B. (2019): *Un apartamento en Urano: Crónicas del cruce*. Barcelona: Anagrama.

Riviere, J. (1929): *Womanliness as a Masquerade*. The International Journal of Psycho-Analysis.

Rizo García, M. y Romeo Aldaya, V. (2006): “Una propuesta para pensar las fronteras simbólicas desde la comunicación, la cultura y la semiótica”, XVIII Encuentro Nacional AMIC. *Mimeo*. Morelia.

Saldaña Alfonso, D. (2002): “Claude Cahun: el tercer género o la identidad polimorfa” en *Arte, Individuo y Sociedad*, Vol. 14: 197-215.

Scott, J. W. (1996): “El género: una categoría útil para el análisis histórico”. en *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. México.

Sontag, S. (1981): *Sobre la fotografía*. Edhasa, p. 109. Barcelona.

Stephan, N. (1986): “Raza y Género: El rol de la analogía en ciencia” En: *Isis*, Vol. 77, junio N° 2, pp 261-277, University of Chicago Press.

Torras, M. (2004): “Cuerpos. Géneros. Tecnologías”, *Lectora*. Revista de mujeres y textualidad, 10.

Torres, D. J. (2017): *Pornoterrorismo*. Tafalla: Txalaparta.

Turner, V. (1967): “Betwixt and Between: The Liminal Period in Rites de Passage”, en *The Forest of Symbols*, New York: Cornell University Press.

Turner, V. (1988): *El proceso ritual. Estructura y antiestructura*. Taurus Alfaguara, S.A. Madrid.

Van Gennep, A. (1986): *Los Ritos de Paso*. Alianza Editorial, S. A. Madrid.

Vásques Rocca, A. (2006): “Las metáforas del cuerpo en la filosofía de Jean-Luc Nancy: nueva carne, cuerpo sin órganos y escatología de la enfermedad” en *Nómadas: Revista crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, vol. 18. Universidad complutense de Madrid.

Vendrell Ferré, J. (2012): “Sobre lo trans: aportaciones desde la antropología” en *Cuicuilco*, vol. 19, núm. 54. Escuela Nacional de Antropología e Historia Distrito Federal. México.

Villemur, F. (2007): “Pensée queer et mélancolie du genre”. *Cahiers du Genre, L’Harmattan*, v. 2, n. 43.

Wittig, M. (2006): *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Barcelona: Egales.

Zafra, R. (2014): Arte, Feminismo y Tecnología. Reflexiones sobre formas creativas y formas de domesticación. *Quaderns de Psicologia*,16(1),97-109.

Disponible en: <http://www.remedioszafra.net/Arte-fem-tec-rzafra.pdf>

Ziga, I. (2010): *Devenir perra*. Barcelona: UHF.

Otros enlaces virtuales

<http://www.enfermepedia.com/index.php/prospectos/listado/72310-itnogen-2-gel-1-frasco-con-3-tubos-de-60-g.html>

https://www.vademecum.es/medicamento-adiro_22393

https://www.vademecum.es/medicamento-acabel+rapid_26665

<https://cima.aemps.es/cima/publico/home.htm>

Anexos

Fotografías auto producidas que, por motivos formales de espacio no están incluidas en el apartado **Trans-pictóricxs: un caleidoscopio corporeizado**. El objetivo principal del proyecto fotográfico fue intentar capturar el cuerpo no-binario en su (in)habitabilidad dentro del espacio *liminal*. Lxs participantes de este proyecto han sido: Adur, Kai, Lia, Dirty Sil y Major X Tom. Todas personas que se definen como trans* no-binarias.

Se muestra, a continuación, el proceso creativo llevado a cabo durante una sesión fotográfica y sus resultados.

Foto I: Adur, *Un desconocido lugar*. Barcelona, 2019.



Foto 2: Lia, *Entre aceras, escalones rotos y otros transeúntes*. Barcelona, 2019.



Foto 3: Lia, *No me hables, no me gustas*. Barcelona, 2019.



Foto 4: Adur, *Mis amigxs son el no-lugar del que me hablas.* Barcelona, 2019.



Foto 5: Adur, *Patillas, faldas y a lo loco.* Barcelona, 2019.



Foto 6: Lia, *Peripicias adolescentes*. Barcelona, 2019.



Foto 7: Kai, *De dobles fracturas y otros pronombres*. Barcelona, 2019.



Foto 8: Mai, *Un ciborg atrapado en su espejo*. Barcelona, 2019.

